

# La Fundación Saint-Simon y el debate sobre la modernización en Francia: Las pautas de una vocación homogeneizadora

## *The Saint-Simon Foundation and the Debate over Modernisation in France: The Guidelines of a Homogenising Vocation*

Francisco José MARTÍNEZ MESA

Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. UCM. Madrid  
*frjmarti@cps.ucm.es*

Recibido: 01.02.05

Aprobado: 19.07.05

### RESUMEN

La Fundación Saint-Simon, una asociación a medio camino entre los *Think tank* anglosajones y los clubes de cooptación franceses, trató, durante sus dieciocho años de existencia (1982-1999), de construir puentes entre políticos de derecha e izquierda moderada, empresarios, intelectuales, académicos e ideólogos políticos. Su objetivo sería un proyecto intelectual de reforma de la sociedad traída por unas elites que pretenden encarnar el bien común, en la línea de lo planteado por Pierre Rosanvallon, uno de sus máximos representantes, en el sentido de que, *lo más urgente era producir ideas, elaborar proyectos, formular diagnósticos*.

Este artículo tiene como principal objetivo ofrecer una visión general de una asociación —con especial incidencia en sus fines, funcionamiento e influencia— que, reagrupando siempre a intelectuales, altos funcionarios e industriales intentó permanecer *como un ámbito de iniciativas para formular proyectos orientados a una mejor inteligibilidad de nuestras sociedades contemporáneas*. Se trataba de auspiciar un espacio para la elaboración y difusión de nuevas maneras de percibir el mundo social. Y así fue: allí se modelarían visiones compartidas de la sociedad que acabarían por abarcar una gran cantidad de cuestiones, con unas conclusiones que —pese a no ser jamás verificadas científicamente o llevadas al menos a la práctica— acabarían deviniendo en evidencias indiscutibles, en el contexto de una sociedad que se quiere plenamente homogeneizada.

**PALABRAS CLAVE:** Francia, Estado de Bienestar, sansimonismo, Think Tank, socialismo, teoría política, liberalismo, dimensión izquierda-derecha

### ABSTRACT

The Saint-Simon Foundation, an association halfway between the Anglo-Saxon Think tank and the French clubs of co-optation, tried to construct bridges between right-wing politicians and moderate left, industrialists, intellectuals, academic and political ideologists during its eighteen years of existence. Its objective was to be an intellectual project of reform of the society brought by elites that tried to incarnate the common good, in the manner the raised by Pierre Rosanvallon, one of its maximum representatives, in the sense that, *the most urgent thing was to produce ideas, to elaborate projects, to formulate diagnoses*. The main objective of this article is to offer a general vision of an association —most especially of its aims, working mode and influence that tried to remain a *space of initiatives to formulate oriented projects towards a better intelligibility of our contemporary societies* be always gathering together intellectuals, high civil employees and industrialists. The idea was to create a space of elaboration of new ways to perceive the social world. And this is what happened: shared visions of society would eventually model a high amount of topics, with conclusions that will become unquestionable evidence in the context of a society in the search of complete homogeneity which will never be scientifically verified nor put into practice.

**KEY WORDS:** France, Left-right dimension, Welfare State, Think Tank, Liberalism, Socialism, Saint-simonianism, Political Theory.

## SUMARIO

1. La respuesta francesa. La Fundación Saint-Simon. 2. Homogeneidad y redefinición de posiciones. 3. Redes concéntricas. 4. Los perfiles del nuevo capitalismo. 5. Un nuevo horizonte social. 6. A modo de balance. El sansimonismo como fórmula de racionalización económica y modernización social. 7. Epílogo: el final de un proyecto, el inicio de otros.

## LA RESPUESTA FRANCESA. LA FUNDACION SAINT-SIMON

En mayo de 1971 tendría lugar en París, bajo el auspicio de la OCDE, una reunión de expertos patronales de diferentes países de Europa Occidental, Estados Unidos y Japón. El motivo de su convocatoria era el *fenómeno de degradación que caracteriza actualmente el comportamiento de los trabajadores*, así como *las concepciones y las reacciones de los cuadros*, constituyendo *un desafío a la autoridad*. El caso concreto de Francia era una buena prueba de ello; el comienzo de la década de 1970 había venido marcado por una serie de huelgas duras y prolongadas (Rhodiaceta, Ferodo, Leclerc-Fougères, Moulinex, Renault...) cuyo denominador común era la denuncia de la degradación de la calidad de trabajo. Los motivos de esta respuesta tan generalizada deben situarse en la evolución experimentada en las empresas francesas e iniciada ya en la década anterior. En efecto, y como otros autores ya se han encargado de señalar, estos años estuvieron marcados por una aceleración del proceso de racionalización del trabajo y taylorización, paralelo al aumento del tamaño de las empresas y una concentración creciente del capital, al que se opondrían los trabajadores a través de diferentes medios tal y como muestra la caída de la productividad, en contraste con la década de los 50.

En un primer momento, los dirigentes de las grandes empresas y miembros activos de la CNPF (el Conseil National du Patronat Français), buscaron un apaciguamiento negociando con las centrales sindicales a escala nacional mejoras en términos salariales o de seguridad, dentro del marco de relaciones industriales pactadas entre patronal/Estado/sindicatos en funcionamiento desde la década de 1930. Fue una respuesta a la crisis que cabía calificar de tradicional: se aceptaba negociar con los sindicatos de los asalariados a cambio de la mitigación de la lucha de clases. Sin embargo, ahora las reivindicaciones de los trabajadores iban más allá: se reclamaban cambios relacionados con aspectos como la autogestión, las relaciones de poder o el respeto de la dignidad de las personas, en los que claramente se había operado

un franco deterioro —de hecho había sido la moneda de cambio con la que el empresariado trató de compensar la pérdida de ganancias derivada de las concesiones otorgadas a los trabajadores durante las últimas décadas.

Ante el fracaso de esta primera respuesta, los sectores más innovadores de la patronal realizaron una nueva interpretación de la crisis de la cual se extraería una segunda estrategia. A partir de ahora, pasarán a examinar el conflicto como el fruto de una revuelta contra las condiciones de trabajo serviles y las formas de autoridad tradicionales, haciendo suyo aquel discurso crítico —central en mayo del 68— que denunciaba la mecanización del mundo y la destrucción de las formas de vida favorables a las potencialidades propiamente humanas (especialmente la creatividad) y señalaba el carácter insoportable de los modos de opresión desplegados a través de los diferentes dispositivos capitalistas de organización del trabajo.

Desde este momento, pues, se asiste por parte de la patronal a una creciente tendencia a la interiorización de las demandas de autonomía y de responsabilidad hasta entonces consideradas como subversivas. El concepto de flexibilidad pasa a ser asumido para convertirse en el eje de las acciones de los individuos, representados como seres libres y en igualdad de condiciones cara a su realización plena. Como contrapartida, y siempre a la luz de este discurso, las tradicionales formas de representación de los trabajadores —los sindicatos— pasan a ser percibidas como estructuras obsoletas, abocadas a una urgente renovación, en tanto organizaciones rígidas, burocráticas y ancladas a un *viejo* esquema, el de clase contra clase, ya casi inexistente; incluso el Estado se verá, desde esta perspectiva, obligado a asumir su responsabilidad a la hora de repensar sus valores (ligados al clásico modelo de Estado-providencia) y hacer frente a las nuevas y cambiantes demandas sociales (Rosanvallon, 1995:117).

Poco tiempo después, entre 1981 y 1983, un importante número de antiguos militantes de izquierda o de extrema izquierda —todos ellos activos críticos en el 68 de la alienación del sistema<sup>1</sup>— y en la mayor parte de los casos estadísticos, sociólogos y economistas formados en

<sup>1</sup> Corriente crítica organizada contra el desencantamiento, la falta de autenticidad, la *miseria de la vida cotidiana*, la deshumanización del mundo —sometido a la tecnificación y la tecnocratización—, la pérdida de autonomía y creatividad, y las distintas formas de opresión del mundo moderno. (Boltanski y Chiapello, 2002: 245).

universidades y grandes escuelas, comenzó a acceder a puestos oficiales del Estado y de la Administración pública franceses (gabinetes ministeriales, centros de estudios, comisarías del plan, etc.). Asimismo, y paralelamente, se asistiría a la llegada de una nueva elite político-administrativa, surgida de la ENA (École nationale d'administration), la Escuela Politécnica o la ENSAE (École Nationale de la Statistique et de l'Administration Économique), acogida a unos criterios de actuación muy distantes de los que habían inspirado a la anterior generación de planificadores (nucleada en torno al papel redistribuidor y árbitro del Estado), y que apuntaban a una redefinición de la intervención pública más acorde a las exigencias del mercado (Jobert y Théret, 1994:45).

Sin embargo, este círculo de expertos vinculados a la izquierda no limitó su intervención al ejercicio del poder público; su perfecta sintonía con los axiomas de una concepción sociológica que ya no contemplaba la vida en sociedad dentro un marco fundado sobre una serie de derechos y deberes jerárquicos y preestablecidos de por vida, sino como un ámbito de permanente enriquecimiento a través de la multiplicación de encuentros y conexiones temporales, aunque reactivables, con grupos diversos, vino a traducirse en la apertura de encuentros y contactos con otros interlocutores, económicos, profesionales y culturales de distinto signo, todos ellos bajo el denominador común de la transversalidad y el rigor intelectual, y presentados como plataformas —o quizás convenga mejor decir atalayas— de reflexión y análisis sobre los nuevos retos y problemas de las sociedades contemporáneas. Bajo este entramado, supuestamente fruto de posiciones de izquierda, se desarrollaría un nuevo discurso de legitimación del capitalismo, surgido como respuesta a las recientes crisis y a las voces de renovación y crítica cada vez más numerosas, y planteado como un nuevo proyecto de cohesión y homogeneización de conductas. Efectivamente el periodo iniciado en los primeros años de la década de los ochenta fue para algunos un importante periodo de inflexión, de provisional anomia en el espacio público intelectual —en aquellas fechas coinciden las desapariciones de dos personalidades claves en

la esfera de la intelectualidad francesa como Jean-Paul Sartre (1980) y Michel Foucault (1984)—, a añadir al clima de alternancia política y de crisis de referentes modernizadores en el terreno administrativo (Defaud, 2002:40-50).

El máximo paradigma de estos centros de debate así como el más duradero —la esencia misma de estos proyectos es su temporalidad: congregan a personas muy dispares durante un periodo relativamente breve de tiempo, el estrictamente necesario para cumplir el objetivo— fue la Fundación Saint-Simon, creada en septiembre de 1982 en los salones del hotel Lutétia bajo el impulso de algunos de los notables de la intelectualidad francesa de aquel entonces como François Furet, Alain Minc, Emmanuel Le Roy-Ladurie, Pierre y Simon Nora y Roger Fauroux. En palabras de su secretario general y uno de sus principales promotores, Pierre Rosanvallon, se trataba de *crear un espacio de intercambio social y de producción totalmente independiente, diferente tanto de los clubes políticos como de las instituciones universitarias* dotándolo para ello de un modelo y una estructura organizativa ligeras, *alternativas a las grandes maquinarias* (Rosanvallon, 1999).

Pese a la permanencia e invariabilidad de sus planteamientos de partida, presentes a lo largo de su inusualmente longeva vida, el movimiento experimentó, así lo señalan sus protagonistas, fases nítidamente diferentes. En la primera etapa, extendida a lo largo de la década de los ochenta, el móvil de la asociación consistió, según sus mentores, en tratar de hacer participe a la opinión pública del espíritu y de los nuevos valores proclamados al objeto de dotar de *transversalidad* a una sociedad hasta entonces fuertemente segmentada, y en la que secularmente sus polos intelectual y económico (o *profesional*) habían conectado poco o muy mal. Los frutos de esta estrategia se saldaron con el desarrollo de una serie de intercambios en donde se entremezclaron intelectuales como François Furet, Albert Hirschman, Edgar Morin o François Jacob, junto a personal de otros ámbitos profesionales como Michel Albert, François Bloch-Lainé, Roger Fauroux, Edmond Maire, o Antoine Riboud<sup>2</sup>, todos ellos, a juicio de la fundación, portadores de un mismo *ethos* moderni-

<sup>2</sup> Antoine Riboud era, por ejemplo, presidente de BSN, administrador de Paribas, Rhône-Poulenc, Philips, Crédit lyonnais, Havas y Fiat entre otras. «Les maîtres du Monde. La liberté d'expression était à vendre...» en *réseau voltaire.net* (17, mayo, 1995).

zador y reformador, pero que las conveniencias y los hábitos habían mantenido permanentemente distanciados. El club Jean Moulin —que en la época del gaullismo reagrupaba sindicalistas, altos funcionarios e intelectuales— aparecía como su principal referencia, al menos al principio. La sede de la fundación albergaría durante este periodo numerosos almuerzos-debate con la intervención de alguno de sus miembros o de personalidades invitadas para la ocasión como fue el caso de Helmut Schmidt, Raymond Barre, el monseñor Lustiger, Robert Badinter, Jacques Chirac, Edmond Maire, Michel Rocard, Laurent Fabius o Valéry Giscard d'Estaing<sup>3</sup>. Para algunos de sus promotores, la iniciativa de aquellos años —tan fructífera como lo prueba la celebración en sus momentos más álgidos de más de setenta seminarios públicos al año—, se saldó con éxito, pues, en su opinión, en una época en la que aun la izquierda francesa se encontraba mayoritariamente enredada en los arcaísmos intelectuales y políticos del programa común y en la diabolización de toda cultura de gobierno, pudo modelarse intelectualmente un nuevo espacio para el pensamiento reformador sobre la base de una nueva *université citoyenne* (Rosanvallon, 1999).

La Fundación no tardó en este periodo en constituirse en ese tan deseado espacio de deliberación y asesoramiento dotándose para ello de una estructura de trabajo flexible, a juicio de sus promotores, sumamente eficaz, a través de la cual accederían una serie de intelectuales, empresarios, altos funcionarios y gente de los *media*, aproximadamente un total de un centenar de personas, procedentes de diversos medios ligados a la conocida como *segunda izquierda* y próximos a la Confédération française démocratique du travail (CFDT) —como era el caso de Jacques Julliard o Jean Daniel.

Desde el principio, el sistema de financiación adoptado por la asociación fue el anglosajón, es decir, el exclusivo recurso a la iniciativa privada; con él se trataba de reafirmar el papel a jugar por la sociedad civil y la independencia de la

tutela estatal. Aquí también se cumplieron los objetivos propuestos, pues, en efecto, a pesar de la gran cantidad de dinero movilizada —más de dos millones de francos anuales— la maquinaria cultural desplegada por la fundación no se sirvió en ningún momento de ayudas públicas, sino tan sólo de las subvenciones procedentes en la mayor parte de los casos de grandes empresas (Caisse des dépôts, Suez, Publicis, la Sema, le Crédit local de France, la banca Wormser, Saint-Gobain, BSN Gervais-Danone, MK2 Productions, Cap Gemini Sogeti, etc.).

Con el transcurso del tiempo, este singular proyecto —predestinado como el predecesor que le dio su nombre, a modernizar el país, aunque fuera desde una óptica socioliberal y anties-tatal (Authier: 2000), fue incorporando a otros intelectuales en boga como Luc Ferry o Alain Touraine, así como a nuevos empresarios del tipo de Michel Bon o Jean-Louis Beffa<sup>4</sup>. Su crecimiento y progresiva influencia —llegarían a duplicar sus efectivos— parecían devolver a la actualidad algunos de los principales postulados del sansimonismo de un siglo atrás; en este caso, la apología del experto, la desconfianza expresa hacia todo planteamiento ideológico —en tanto reductor de una realidad que se percibe compleja—, el *lobbying* o el magisterio autoproclamado marcarían en tanto instancias de coordinación los perfiles de un discurso formalmente original y alternativo a las fórmulas preexistentes, sustentado sobre la voluntad de dotar de nueva racionalidad a la lógica capitalista.

En la década de los noventa la fundación abre un segundo periodo caracterizado por una mayor labor teórica y una intensificación de la producción propiamente intelectual. La Fundación cobra entonces la configuración de los *think tanks* ingleses, sociedades de reflexión consagradas a la producción y difusión de nuevos planteamientos sobre las diferentes dimensiones de la realidad política y económica y social, el fruto de cuya actividad se verá posteriormente reflejado en la publicación tanto de una numerosa serie de monografías<sup>5</sup> como de

<sup>3</sup> La práctica totalidad de los primeros ministros franceses acudieron allí para comentar su política.

<sup>4</sup> Jean-Louis Beffa era presidente del grupo industrial Saint-Gobain y vicepresidente de la Compagnie générale des eaux, y entre otras cosas, miembro integrante de la ERT (Education Round Table), grupo de presión patronal cercano a la Comisión Europea integrado por 47 representantes industriales. (Halimi, 1997).

<sup>5</sup> La mayor parte de esta cuarentena de libros vio la luz dentro de la colección *Liberté de l'esprit* de la editorial Callmann-Lévy. Abarcando una temática amplia y variada, cabe destacar entre ellos los escritos de Claude Lefort (*Écrire: à l'épreuve du politique*, 1992); Pierre Manent (*Histoire intellectuelle du libéralisme: dix leçons*, 1987), Bernard Manin (*Principes du gouvernement représentatif*, 1995),

informes de periodicidad cuasi mensual (las conocidas *Notes Vertes*)<sup>6</sup>.

Dentro del núcleo originario de la Fundación cabe destacar algunos nombres emblemáticos: es el caso de Roger Fauroux, presidente del Consejo de Administración y hombre curtido tanto en el ámbito privado (director gerente del grupo Saint-Gobain) como en el público (fue allí donde inició su carrera como inspector de finanzas, para después ascender hasta la máxima dirección de la ENA, y finalmente devenir ministro de industria en el gabinete Rocard (1988-1991), o Pierre Rosanvallon, su secretario, sociólogo, historiador y antiguo consejero del antiguo secretario de la CFDT, Edmond Maire. Otra de las cabezas del movimiento fue François Furet, historiador y director de estudios desde 1966 de la École des hautes études en sciences sociales (EHESS), y uno de los primeros del grupo en mostrar su rechazo a la maquinaria burocrática de la educación nacional y apelar a la restitución de una parte de la enseñanza, *quizás la superior, a la sociedad*<sup>7</sup>.

Muchos de los miembros más relevantes de la Fundación, además de Rosanvallon o Furet, también procedían de la red tejida en torno a la EHESS. Para gentes como Emmanuel Le Roy-Ladurie, Pierre Nora, Jacques Julliard, Alain Touraine o Marcel Gauchet el principio de interdisciplinidad consagrado por la Fundación a la hora de examinar las diferentes cuestiones relativas a complejo mundo contemporáneo constituía una salida y una alternativa a la lógica de la especialización pura característica del terreno científico así como al particular panorama de la investigación en ciencias sociales en la Francia de aquel entonces (Prochasson, 2005:309-321).

Algunos de los sansimonianos más activos no tardaron mucho en trasladar su activismo ideológico-político a la palestra pública. Es el caso del patrocinio de la operación mediática conocida bajo la denominación *Vive la crise*, dirigida a justificar el giro liberal del gobierno socialista iniciado en 1984, o también el de la publicación en 1988, en la antesala de las celebraciones del bicentenario de la Revolución, de *La République du centre: la fin de l'exception française*, texto fundacional coescrito por Furet, Rosanvallon y Julliard, en donde quedaban perfectamente inscritos los fundamentos teóricos de la doctrina oficial de la asociación, y en el que destacaban dos aspiraciones sobre las demás: a) el fin de la tradicional *excepcionalidad francesa*, definida como aquella predisposición secular de la nación hacia la radicalidad política, y b) la reivindicación del espacio sociológico y político de centro, ambas en total sintonía con los movimientos de apertura hacia la derecha operados por el primer ministro Rocard desde Matignon en su objeto de asentar una socialdemocracia específicamente a la francesa (Streiff: 1995).

Aunque siete años más tarde, los tres autores reconocieron el fracaso de su operación, abundando así en lo afirmado también por aquel entonces por Jean Daniel cuando señalaba que *Francia carecía de una verdadera cultura socialdemócrata*<sup>8</sup>, éstos no se dieron por vencidos; había que reaccionar auspiciando otras estrategias y sugiriendo nuevas orientaciones que despertaran el aletargado panorama intelectual del socialismo, extremadamente contemplativo ante la presencia de la derecha en el poder. Pierre Rosanvallon apuntó, en concreto, cuatro grandes líneas de actuación: a) la reinención de

Patrick Weill (*La France et ses étrangers: l'aventure d'une politique de l'immigration, 1938-1991*, 1991). El espacio dejado por esta colección ha sido retomado recientemente por el propio Rosanvallon a través de una nueva aventura editorial, la *République des idées*. (Bazin, 2002).

<sup>6</sup> Estos boletines, cuya extensión oscilaba entre la decena y la centena de páginas y contaba con una periodicidad casi mensual (hasta 1990 su cadencia fue irregular, a partir de entonces aparecieron a un ritmo de uno al mes), tenían una tirada reducida, apenas mil ejemplares distribuidos bajo suscripción. Con todo, la amplitud de su temática y el selecto público al que iba dirigido (políticos, empresarios, ejecutivos, altos funcionarios, intelectuales, periodistas) llevó a que su influencia fuera notoria. De hecho, muchos de estas 108 notas fueron reproducidas o comentadas en publicaciones como *Le Nouvel Observateur*, *Esprit*, *Le Débat*, *Politique Internationale*, etc. Entre ellas cabe destacar las de Emmanuel Todd (*Aux origines du malaise politique français*, 67, noviembre, 1994), Jean Peyrelevade (*Le «Corporate governance» ou les fondements incertains d'un nouveau pouvoir*, 99, junio, 1998), Daniel Cohen (*Les Salaires où l'emploi?*, 71, mayo, 1995), Denis Olivennes (*La Préférence française pour le chômage*, 60, febrero, 1994), Thomas Piketty (*Les créations d'emplois en France et aux États-Unis*, 93, diciembre, 1997), Patrick Weill (*Pour une nouvelle politique d'immigration*, 76, noviembre, 1995)) o Irène Théry (*Le Contrat d'Union Sociale en question*, 91, octubre, 1997). Los temas que más peso tuvieron a lo largo de la existencia de esta publicación (junio, 1983-julio, 1999) fueron esencialmente los relacionados con el empleo, las empresas, la política económica y los sistemas económicos, la política francesa, los problemas de la sociedad y las cuestiones laborales. (VVAA, 1999)

<sup>7</sup> *Le Débat*, mayo-septiembre 1986.

<sup>8</sup> *Le Nouvel Observateur*, 20, abril, 1995.

una cultura de progreso democrático superadora de aquella tradicional sustentada en la mecánica práctica refrendaria; b) una redefinición del Derecho acorde a la nueva problemática social (centrada en las cuestiones de inserción e integración); c) una reformulación de las prácticas de regulación económica; y d) el desarrollo de una nueva filosofía política de conjunto capaz de proponer un marco de reforma del Estado de derecho. Con todo ello, se trataba de reestructurar y dotar de legibilidad a las coordenadas del espacio político francés de acuerdo a la *división política positiva* actual, devolviendo el protagonismo de semejante tarea a quien por naturaleza le correspondía, la *intelligentsia* francesa, tradicional agitadora de conciencias y venida a menos a partir de la era Mitterrand, con los consiguientes fenómenos de *corruption douce* y *notabilisation culturelle*<sup>9</sup>.

Sobre la base de un modelo de trabajo inspirado cada vez más en reglas de conducta propias de la gestión empresarial —con el acento puesto en valores como descentralización, meritocracia, y dirección por objetivos— la Fundación se constituyó en eje impulsor de iniciativas individuales y colectivas que bien podía equipararse con la estructura de una red. Las directrices que lo dominaban eran las propias de un mundo conexionista en donde las conexiones son útiles y enriquecedoras cuando tienen la capacidad de modificar a los seres que entran en la relación. Regida por una concepción según la cual el proyecto ya no sólo es la conexión sino también el pretexto de la conexión, la asociación alentó desde su seno todo tipo de operaciones de relevancia intelectual y técnica de configuración y vida variable que, reuniendo a personas muy dispares, acabaron culminando con el paso del tiempo en la forja de unos vínculos cada vez más sólidos y permanentes en tanto reactivables.

Aunque el despliegue de este entramado no se sustentaba, al decir de sus autores, sobre una percepción apriorística de la sociedad sino de acuerdo a planteamientos puramente originales

—imaginaban la realidad social como un juego inestable de posiciones individuales y múltiples clasificaciones económicas, sociales y profesionales—, lo cierto es que la dinámica y la vocación que animaban toda su arquitectura apuntaban más bien al establecimiento de un mundo semejante y homogéneo. Como en otros momentos, bajo todo el proyecto en su conjunto descansaba una voluntad expresa de edificar un nuevo sistema de valores capaz de sustentar juicios, discriminar comportamientos, premiar cualidades y actitudes hasta entonces no identificadas claramente y legitimar (o consolidar) nuevas posiciones de poder reservándose la selección de sus beneficiarios (Boltanski y Chiapello, 2002:156).

Imbuidos de este espíritu, diferentes miembros de la Fundación participarían, independientemente del partido en el poder, en comisiones en calidad de asesores técnicos o encargados de misiones<sup>10</sup>. Es el caso, por ejemplo, de *La France de l'an 2000*, dirigido por Alain Minc en 1994, con una docena de sansimonianos sobre un total de treinta y seis colaboradores<sup>11</sup>, o de la comisión Fauroux sobre la enseñanza con una cuarta parte de miembros de la Fundación del total de integrantes<sup>12</sup>. Otras personalidades *independientes*, por su parte, expusieron sus anteproyectos en las *notas* de la fundación —es el caso de Patrick Weill sobre el tema de la inmigración—, sirviendo en ocasiones de fuentes de inspiración para futuras reformas gubernamentales —ese fue el caso de la emprendida por el gobierno de Alain Juppé a mediados de los 90 en el sistema de protección social.

## HOMOGENEIDAD Y REDEFINICIÓN DE POSICIONES

Hubo quienes percibieron la Fundación, a la vista del perfil de sus inspiradores y del instante concreto de su nacimiento, como una respuesta a la victoria socialista de mayo de 1981 y a la presencia de comunistas en el gobierno

<sup>9</sup> Buena parte de la obra de Rosanvallon, especialmente *La Crise de l'État-Providence* (1981), *La question syndicale* (1988) y *La Nouvelle Question Sociale* (1995) tiene como eje su voluntad de auspiciar una redefinición del conjunto de valores y de métodos del progreso social de acuerdo a las nuevas problemáticas derivadas de las sociedades contemporáneas complejas.

<sup>10</sup> La fundación también sirvió de vivero para el reclutamiento de miembros de jurado en los concursos de acceso a centros de formación de élite, como la ENA. (Garrigou, 2000).

<sup>11</sup> Se trataba de Jean-Louis Beffa, Jean Boissonat, Michel Bon, Nicolas Dufourcq, Luc Ferry, Jean-Paul Fitoussi, Jean-Baptiste de Foucauld, Yves Lichtenberger, Francis Mer, Edgar Morin, Pierre Rosanvallon y Alain Touraine.

<sup>12</sup> Michel Bon, Jean-Claude Casanova, Roger Fauroux, Jacques Julliard, Francis Mer y Pierre Rosanvallon.

—lo que no se había producido desde 1947. Algo de ello pudo haber porque, en efecto, pese a la presencia de algunos sansimonianos dentro del aparato del Estado (Jean Peyrelevade o Robert Lyon), la pérdida de posiciones de Rocard dentro del partido socialista apuntaba al inicio de un largo invierno para los partidarios de la modernización y sus concepciones. A este sentimiento de marginación también cabe añadir la hostilidad de algunos miembros de la Fundación (por ejemplo, Furet) hacia el Presidente de la República, que tampoco veía con demasiados buenos ojos el nuevo foro constituido. En cualquier caso, independientemente de las motivaciones de cada miembro, lo cierto es que su aparición favoreció el establecimiento de una plataforma de convergencia lo suficientemente sólida para amplificar un discurso coherente y preciso, sin duda más eficaz que el limitado eco que pudieran haber propiciado unas cuantas voces individuales diseminadas. Tampoco se desaprovechó la oportunidad prestada por determinadas coyunturas —por ejemplo, los actos de conmemoración del bicentenario de la Revolución francesa en 1989— a la hora de difundir su discurso, reforzar la legitimidad y cientificidad de sus postulados y cambiar las relaciones de fuerzas con el poder constituido.

Desde su creación, a finales de 1982, toda la actividad de la fundación giró en torno, pues, a un horizonte prioritario: la reestructuración del marco tradicional francés de relaciones políticas y económicas. Como sus antecesores decimonónicos, los nuevos sansimonianos también prefirieron dejar en un segundo plano el examen de la configuración actual de las organizaciones políticas —los partidos— para incidir en las relaciones entre los diferentes actores sociales y en el estudio de éstas en el marco de un sistema en permanente mutación y al tiempo definidor de una totalidad (Ansart:1970). En todo su enfoque, la atención aparece centrada sobre la actual sociedad postindustrial y sus principales agentes constitutivos —los empresarios y los intelectuales— en una línea de análisis muy similar a la del sansimonismo clásico —allí el eje lo constituían la sociedad y las clases industriales—; tanto en uno como en otro caso se trataba de ahondar en el conocimiento de sus principios organizativos, es decir, las leyes y pautas situados en la base del funcionamiento de la actividad industrial, a fin de extraer de ellos los fundamentos constitutivos de la nueva sociedad.

También cabe calificar de sansimoniana su noción de fin y función industrial. En efecto, como sucediera en las primeras décadas del XIX, estos particulares nuevos discípulos llevaron el análisis del ámbito postindustrial más allá del arco de realizaciones estrictamente materiales asociadas a un estadio tecnológico concreto —en este caso, el definido por la *nueva economía*—, extendiéndolo a todas las actividades de producción, incluidas las desempeñadas por intelectuales, científicos o creadores de opinión, siempre y cuando respondieran verdaderamente a las necesidades colectivas. El acento pasó, pues, a situarse más en la actividad social que en los instrumentos productivos propiamente dichos, aun cuando en ningún momento se dejaría de reconocer la indudable influencia que las transformaciones operadas en éstos puede ejercer sobre aquélla.

Por lo demás, el punto de partida fue el mismo; ambos percibían la industria como un conjunto complejo dotado de su propia espontaneidad y dinamismo. No obstante, en el caso del capitalismo postindustrial de los 80 y los 90 —estructurado en torno al mundo de gestión *managerial*— se insistirá si cabe más en el principio de autonomía: el proceso de transformación de la organización capitalista, a su juicio, no respondía ya tanto a consideraciones externas al sistema como a una lógica interna propia. Faltaba sólo por determinar los agentes sociales encargados de definir los objetivos autónomos y establecer las directrices encaminadas a la consecución de las metas fijadas.

Mucho más que la consideración de industrial como aquel individuo o conjunto de individuos vinculados al ejercicio de una actividad con unos fines muy precisos —la producción de bienes— lo que resultaba esencial era incorporar a quienes a través de sus capacidades intelectuales también contribuían a configurar un nuevo escenario mediante el ejercicio de otras actividades no menos creadoras y decisivas como la producción artística o científica. Si a principios del XIX el *Catecismo de los industriales* invitaba a formar ligas de industriales, científicos e intelectuales con el fin de coordinar esfuerzos y operar una combinación efectiva de teoría y práctica, en el discurso sansimoniano de finales del XX este género de intercambio y cooperación cobrará su máxima expresión. Las capacidades de flexibilidad, creatividad y adaptación de los individuos se erigirán en las prin-

cipales virtudes de un mundo interactivo en continuo movimiento; tanto será así que el valor de las personas estará menos en relación a su carácter funcional como en su grado de predisposición e implicación en la conquista de las metas fijadas.

Un nuevo elemento de convergencia reside en su concepción del Estado; tanto un sansimonismo como el otro más reciente compartían su convencimiento en la idea de que el Estado no era ni un principio trascendente ni una realidad exterior a la totalidad social. A su juicio, la realidad y la función de los poderes políticos no residía en sí mismos, sino en las fuerzas que los integraban y en la específica relación establecida entre ellas de acuerdo a unos fines prefijados; en consecuencia si esa serie de condiciones y exigencias variaban con el tiempo —tal y como sucedía en la actual sociedad globalizada—, el Estado, en virtud de un nuevo imperativo de eficacia, también debía hacerlo (VVAA, 1994:82). De aquí a aquella formulación de la política como administración de las cosas y al ejercicio de la acción colectiva a través de relaciones de reciprocidad y no de obediencia como en el pasado, sólo hay un paso. Difícil de dar, sin embargo, a la vista de la resuelta voluntad que se desprende de monopolizar todo el proyecto; especialmente cuando se comprueba que la elección de los objetivos competirá y aparecerá siempre moldeada por la realidad social de una opinión pública (cuadros dirigentes, expertos, intelectuales) cuyas prioridades, dictadas en todo momento por consideraciones de supuesto índole teórico, técnico y material, se impondrán siempre sobre las del resto.

El sansimonismo original ya había prevenido sobre esa exigencia al afirmar que la sociedad no se constituía mediante acciones aisladas o esfuerzos individuales parciales sino a través del concurso de todos sus integrantes —y, por encima de todos, de aquellos cuya actividad se encontraba

más próxima a la ciencia y a la configuración de la opinión colectiva; en efecto, el proceso de cambio pasaba por un previo reconocimiento y asimilación del conjunto de las necesidades sociales; sólo así desde un doble ejercicio de interacción e intercambio intensivo protagonizado esencialmente y a partes iguales por industriales y científicos afluiría lo que Saint-Simon en su momento había definido como *pasión*, y que constituía aquella fuerza imprescindible para la consecución de los cambios<sup>13</sup>.

El fin de la producción, en suma, convierte en irrelevante la procedencia de los agentes; lo que realmente cuenta, de acuerdo a este discurso, es la multiplicación de nuevas relaciones cuyo resultado sea el enriquecimiento del conjunto. Sin embargo, el hecho de que esa diversidad y pluralismo característica de la nueva sociedad y de los elementos que la integran pronto quede sumida en un segundo plano ante la máxima prioridad representada por la consecución del interés general, invita más bien a hablar de uniformidad y homogeneización como pautas dominantes de un proyecto social, el sansimoniano, pese a su aparente construcción desde la complejidad y la riqueza social. El caso de la Fundación, en este sentido, resulta a todas luces representativo; concebida como *un ámbito de iniciativas donde formular proyectos orientados a una mejor inteligibilidad de nuestras sociedades contemporáneas*, expuso sus aportaciones como el fruto de un prolongado proceso de reflexión en torno a distintas posiciones e ideas, y las elevó a la consideración de axiomas científicos absolutamente indiscutibles, a pesar de la limitadísima pluralidad real de sus análisis y sus supuestos debates.

Era evidente que desde los círculos empresariales la exigencia de abrir nuevos puentes de intercambio y diálogo con el mundo de la investigación y la universidad representaba una prioridad<sup>14</sup>. Se imponía la necesidad de transmitir

<sup>13</sup> El punto de llegada de esta evolución, aunque a una escala significativamente más amplia, lo constituye la emergencia de foros internacionales de la naturaleza del longevo grupo Bilderberg (1954), decisivo en su papel de prescriptor informal, difuso, no democrático, de la política y de la economía internacionales, al ejercer una especie de coordinación parcial e implícita de los actores de diferentes ámbitos, y en el que es posible apreciar la lógica de conjunto que va a presidir tácitamente, a través de la propagación de discursos y normas, los comportamientos de las clases dirigentes occidentales. Las conferencias organizadas por el grupo de Bilderberg tienen lugar anualmente desde 1954 hasta la actualidad acogiendo a grandes nombres de las finanzas, la industria, la política y las instituciones internacionales. «Bilderberg: la creme de l'elite mondiale se reunit à Chantilly». Más información en los sitios [www.euro-know.org/letters997.htm](http://www.euro-know.org/letters997.htm), o [www.bilderberg.org/bildhist.htm](http://www.bilderberg.org/bildhist.htm).

<sup>14</sup> La presencia de importantes representantes de la patronal en la fundación así lo atestigua: Michel Albert (AGF), Albert Costa de Beauregard (BNP), Daniel Dautresme (Crédit du Nord), Jean-Louis Gergorin (Matra), Serge Kampf (Cap-Gemini-Sogety), G. Lasfargues (Banque Vernes), François Lorentz (Bull), Antoine Riboud (BSN-Grupo Danone), Gilbert Trigano (Club Méditerranée).

los valores imperantes en el mundo de los negocios y de la economía transnacional a fin de inculcarlos a través de sus principales interlocutores —los intelectuales y los líderes de opinión— en un espacio social anclado aun en *clivages* culturales y políticos que, a su juicio, se consideraban obsoletos y ajenos a los vertiginosas transformaciones impuestas por el nuevo panorama postindustrial. Pero esta orientación también corrió en el otro sentido; en efecto, esta obsesión casi enfermiza de la patronal por constituir redes, abrir foros de reflexión y operar nuevos cauces de comunicación entre mundos diferentes —bien indicativa de la capacidad del capitalismo para canalizar y reciclar todos los planteamientos, incluidos los disidentes<sup>15</sup>— dio pronto paso a unas relaciones crecientemente dominadas por el signo de la reciprocidad; muy pronto, la indiferencia y el desinterés del pasado acabarían tornándose en curiosidad y fascinación empresarial hacia todo aquello situado en la esfera del pensamiento y de las ciencias sociales<sup>16</sup>.

Como quiera que los intelectuales también comprendieran la necesidad del intercambio, en breve pudo asistirse a la presencia de reputadas figuras de las ciencias sociales y de la reflexión teórica en los consejos de administración de diferentes empresas. Lejos de las reticencias mostradas antaño —ligadas a un cierto purismo, a una voluntad expresa de distanciamiento o, simplemente, a convicciones políticas— algunos de estos pensadores comenzarían desde mediados de los ochenta a responder a las invitaciones de la patronal francesa, la MEDEF, el Institut de l'entreprise o la Plateforme<sup>17</sup>, e intervenir en sus foros sobre los temas más dispares —cuestiones como la moral, la responsabilidad, el Estado y la nación, etc.

Como señalan algunos autores (Corcuff), esta apertura al mundo empresarial responde a una redefinición más amplia del espacio comunita-

rio operada por estos intelectuales. La empresa privada deja de ser percibida desde una consideración simplista como un agente de explotación, para pasar a ser concebida, de una manera no menos esquemática, como un ámbito de sociabilidad colectiva. Bajo esta perspectiva, las compañías responden al modelo complejo de las sociedades contemporáneas; ni los asalariados pueden ser ya reducidos a la condición de individuos explotados —pues de hecho pueden llegar a ser en algún momento accionistas de su propia empresa— ni los ejecutivos se ajustan al arquetipo del clásico patrón exclusivamente movido por la consecución del máximo beneficio. Desde un discurso pleno de resonancias sansimonianas se proclama que el espíritu de cooperación inherente al nuevo estadio productivo de las economías postindustriales ya no respira confrontación sino intercambio y colaboración mutua. El papel de los intelectuales a partir de entonces consistirá en reforzar esta tendencia y disolver cualquiera que se le oponga. En este línea cabe situar la labor iniciada por algunos autores a partir de los años 80 consistente en suprimir de la crítica social la noción de explotación —coincidiendo con el abandono del esquema general de las clases sociales en el que se ubicaba— y sustituirla por la más moderna de exclusión, indicativa de una negatividad pero sin designar a un responsable. El acento a partir de ahora se situará sobre la condición del excluido, término que va a permitir englobar a todos aquellos que en el contexto de la nueva sociedad-red han visto romper poco a poco sus vínculos con los demás pero a los que no cabe calificar de nuevos proletarios ya que representan una colección de individuos que han sufrido una serie de percances en su vida, muy diferentes entre sí, y por tanto no pueden constituir una clase objetiva (Rosanvallon, 1995:203). Como señalaría un insigne sansimoniano, Jean-Baptiste de Foucauld, la exclusión debe de ser

<sup>15</sup> Ya desde los años sesenta existían foros como el Centre d'Études du Secteur Public (CEPP) dependiente del Mouvement des Entreprises de France (Medef), la patronal francesa por naturaleza, surgidos con el objetivo de ver nacer una única elite nacional capaz de dirigir de manera homogénea y concertada tanto el sector industrial estatal como el sector privado así como la alta administración. (Graner,2002)

<sup>16</sup> Vicent Laurent señala el caso de la instalación por el grupo Saint-Gobain (al que estaba vinculado el sansimoniano Roger Fauroux, y en cuyas filiales participaron Rosanvallon y Furet) de una fábrica de vidrio en Irán antes de la revolución islámica como un hipotético ejemplo de esa incomprensión e indiferencia industrial por las ciencias sociales. En efecto, si los responsables del *holding* hubieran examinado las especiales características del contexto político y social chiíta de Irán, del mismo modo que verificaron los recursos de hidrocarburos del país, posiblemente sus proyectos hubieran tomado otros derroteros. (Laurent, 1998).

<sup>17</sup> La Plateforme es una entidad asesora fundada en 1985 por Nathalie de Rochechouart, que contaba con la participación de personalidades. «Des intellos chez les businessmen» (*Le Monde*, 22, junio, 2001).

percibida menos como resultado de una asimetría social de la que algunas personas sacarían partido en perjuicio de otras, que como lo que realmente es, un destino contra el que legítimamente todos deben luchar (Foucauld y Piveteau, 1995:13).

Paralelamente a esta reordenación de los espacios sociales cabe asistir a otra de los referentes ideológicos. Se apela a un *désenclavement* superador de la tradicional oposición izquierda/derecha, desde el cual operar una redefinición del discurso político capaz de acabar con la *guerra fría* de antaño (Alain Minc) y auspiciar un marco ecuménico, integrador de todas las tendencias hasta entonces sometidas al dictado de los esquematismos partidistas anteriores, abierto al debate y a la discusión permanente sobre los problemas de la sociedad contemporánea. Una vez más, la inspiración sansimoniana vuelve a manifestarse tras esta exigencia de sustituir los debates políticos por una investigación de los sistemas sociales; se trata de reflexionar, de pensar el desarrollo de las facultades productivas de los conocimientos, inquirir sobre las necesidades particulares de la sociedad en cada coyuntura, relegando el papel concedido a lo político y centrando toda la atención sobre las verdaderas fuerzas en juego.

Para estos intelectuales, el tan renombrado *fin de las ideologías* constituye una realidad fundada y la prueba de ello es que todo el protagonismo recae en el científico social. La cualificación de éste en cuanto conocedor del entorno que le rodea en la medida en que se encuentra plenamente inmerso en él (participa del contexto económico y social), y cuenta con el instrumental técnico necesario para analizarlo, permite abandonar definitivamente los posicionamientos parciales sobre los que se sustenta la perniciosa lógica ideológica. Del intelectual autónomo que, independientemente de su mayor o menor compromiso político, vivía recluso en sus estudios sin sumergirse realmente en las cuestiones candentes que acuciaban a la sociedad de su tiempo —y cuando lo hacía, era, como fue el caso de muchos pensadores críticos, sindicalistas, artistas, etc., para aproximarse bajo tomas de posición puramente ideológicas—, se pasa ahora al intelectual experto y responsable, fuera de las bambalinas ministeriales, cuya especialización y pragmatismo le sitúan a la altura necesaria para determinar el orden de las cosas.

Sin embargo, esta nueva intelectualidad, que para mayor confusión afirma todavía hoy mantener posturas de izquierda, no ha acabado ni con la historia ni con las ideologías. Tan sólo se ha limitado a adoptar posiciones de autoridad en esferas sociales y culturales distintivas y a monopolizar en su nombre el marchamo de científicidad, para reafirmar el discurso de un proyecto conservador de claras resonancias neoliberales, cuyo objetivo es presentar el modelo encarnado por el capitalismo postindustrial como el único realmente viable (Dixon, 1998:105). La muerte del *socialismo real* ha traído, en opinión de estos *científicos sociales*, un reverdecimiento del radicalismo de izquierda, escindido entre diversas familias —entre ellas el marxismo crítico de ascendencia trotskista, la sociología crítica de pensadores como Pierre Bourdieu o la filosofía política de inspiración althusseriana— y asociado a nuevos movimientos sociales como el vigoroso de la antiglobalización—, pero su existencia y relativa inserción en una sociedad como la francesa actual tan sólo sería indicativa de las contradicciones inherentes a las que se encuentran sometidas las democracias contemporáneas y que por sí sola esa izquierda radical es incapaz de interpretar. Imbuidos de un pragmatismo ampliamente compartido y tan bien reflejado en la expresión de François Furet —estamos *condenados a vivir en el mundo en que vivimos*— estos nuevos sansimonianos, al igual que sus antecesores decimonónicos, se sitúan deliberadamente en un plano superior de interpretación desde el cual toda división ideológica aparece contextualizada y minimizada, concebida no tanto como una respuesta a los problemas sino como síntoma de los mismos, y que sólo una análisis desapasionado y desideologizado podrá desentrañar (Raynaud, 1999).

Al igual que en otro tipo de dominaciones (género, etnia), esta nueva *expertocracia* se sirve de un discurso cargado de violencia simbólica basado en la imposición como universales de una serie de particularismos propios de una experiencia histórica singular, que son deliberadamente desnaturalizados y presentados como generales. Como señalan Bourdieu y Wacquant, algunos de esos intelectuales críticos presentados como *trasnochados*, se trata una lógica que remite en realidad a una sociedad concreta, la de la Norteamérica de la era postfordista y postkeynesiana, marcada por el des-

mantelamiento del Estado social, el aplastamiento del movimiento sindical y el imperio de las directrices empresariales, y cuya evolución se trata de presentar como el camino a seguir para el resto de sociedades avanzadas (Bordieu y Wacquant, 2000). Como tan bien se encargaría de señalar un texto publicado con ocasión del vigésimo aniversario de la llegada de Mitterrand a la presidencia de la República— esa senda pasaba por que *la conversion à l'économie de marché soit enfin achevée, que le cycle de modernisation, entamé dans la douleur, en 1983, soit bouclé par la mise en conformité définitive de l'économie française avec celle des autres grands pays développés* (Giret y Pellegrin, 2001; Halimi, 2001).

Buena parte de este discurso fue entroncando gradualmente con el desplegado por sectores significados del Partido Socialista en los últimos tiempos. Basta, en este sentido, confrontar la declaración anterior con la resolución final del congreso del PSF en Brest (noviembre, 1997). El modelo social que allí se proponía, en efecto, aparecía formulado desde una radical oposición a cuantos valores apuntaran a una lógica liberal, pero ello no impedía al tiempo proclamar la exigencia de *conciliar las exigencias de democracia y mercado, de solidaridad y eficacia*. En efecto, más allá de otras consideraciones, lo cierto es que bajo declaraciones en la línea de *si queremos dar soluciones políticas a nuestros problemas económicos, no podemos renunciar a un conocimiento consciente de la evolución de nuestras sociedades*, u otras no menos reveladoras a cargo de personalidades tan señaladas como Michel Rocard o, incluso Lionel Jospin —*la propiedad pública de los medios no aporta ningún cambio significativo a los mismos* (Rocard, 1997) —, se revela una resuelta voluntad de confluir hacia una nueva racionalización del capitalismo. Efectivamente, aunque en estos programas la referente keynesiana resta omnipresente, jamás acabará traducándose en una orientación política precisa. Todo en su discurso invita a una indefinición deliberada, potencial incitadora de nuevos deba-

tes, pero ya dentro de un contexto en donde lo político deja paso a lo económico y en el que, una vez más, los técnicos y los expertos son los reyes (Collin y Cotta, 2001:57-63). A la vista de la evolución experimentada por el PS francés, en definitiva, podría concluirse que éste solo parece haber conservado del socialismo tradicional el legado transmitido por ese positivismo tecnocrático.

Paradójicamente, la cesión del espacio de reflexión política a este nuevo cuerpo de *expertos* también imprimió una nueva dinámica al panorama de los partidos políticos en Francia, y en gran medida al propio Partido Socialista, cuya experiencia en el poder durante quince de los últimos veinte años no impidió convertirse en una estructura burocrática de gestión y conquista de votos. En efecto, durante ese tiempo, la nueva y particular división del trabajo operada en el sistema político había contribuido a apartar al PS de todo debate sobre las mutaciones sociales o la evolución del mundo hasta situar a sus principales responsables en una situación de aislamiento con respecto al exterior del que aun hoy en día tratan de salir. En este sentido, las críticas realizadas por muchos intelectuales afines a la Fundación y próximos a la *segunda izquierda*, sobre la necesaria adaptación de los esquemas políticos tradicionales a las nuevas realidades no han carecido de eficacia; fruto de ello es el papel concedido a las fundaciones o a los círculos de intelectuales y expertos, con los que las formaciones políticas tratan desesperadamente de enlazar —en la línea del modelo iniciado por Blair y sus *cajas de ideas* (Policy Network, Fabian Society<sup>18</sup>)— en calidad de fuentes de proyectos y puentes de enlace con las necesidades de la sociedad.

Al igual que en el modelo diseñado por el sansimonismo primigenio, el nuevo ordenamiento nacía igualitario, pero la lógica interna del sistema derivada de las necesidades de la propia organización industrial, el desarrollo de las ciencias y los conocimientos necesarios para la administración, impondrían unas pautas de funcionamiento que ya no lo serían tanto; pron-

<sup>18</sup> Además de la Fondation Jean Jaurès, presidida por Pierre Mauroy e impulsada por Dominique Strauss-Kahn, y muy próxima al PS, en la actualidad cabe reseñar la presencia de asociaciones como *En temps réel*, fundada por antiguos sansimonianos (Gilles de Margerie —director financiero del Crédit agricole Indosuez, Denis Olivennes —director general de Canal + y Bernard Spitz —relator del Consejo de Estado) con similares objetivos (reforma del Estado, la gobernación mundial, el incremento de las regulaciones privadas, etc.) Dely, R, «Soif d'idées» en *Libération* (25, septiembre, 2002); Weill, N, 2001, «En temps réel se veut un cercle réformiste critique», *Le Monde* (25, noviembre).

to se haría visible el establecimiento de una red jerárquica con una atribución diferenciada de competencias, legitimadora de una superioridad en términos de mando y conocimientos sobre la que se sustentaría la hegemonía de unos sectores sociales muy concretos. La reordenación de un nuevo espacio, en teoría abierto a toda la sociedad pero en la práctica monopolio de un limitado cuerpo de intelectuales e industriales puede, pues, parecer invitar al desarrollo de una concepción de la política abierta y plural, menos circunscrita y profesionalizada que en el pasado pero no dejaba de ser un espejismo; en realidad, contribuía a aislar más a los ciudadanos en la medida en que la trascendencia de los fines y la complejidad de esa nueva realidad económica-social sanciona su usurpación por quienes acababan siendo considerados más aptos.

## REDES CONCÉNTRICAS

La Fundación, concebida como plano de intersección de conocimientos y experiencias procedentes de ámbitos dispares, fue, sin embargo, fruto de la actividad de un número muy restringido de individuos, si bien apoyados en la existencia de un conjunto de redes familiares y de amistad tremendamente sólidas. Como señala Vicent Laurent, cabe hablar de un núcleo central originario desde el cual se extienden, en forma de círculos concéntricos otra serie de personalidades que sirven de puente a la hora de poner en contacto e ingresar en nuevos sectores diferenciados (Laurent, 1998:3).

Dentro de ese núcleo reside un primer nexo básicamente generacional y vital; se trata del constituido por personal como François Furet y Emmanuel Le Roy-Ladurie, ambos nacidos en la década de los veinte —en el margen de dos años— y con una experiencia paralela en el Partido Comunista Francés (PCF) en los primeros años cincuenta. En ambos casos, su salida en 1956 se traduce en una posición ideológica radicalmente opuesta a la de aquel periodo, tal y como fue posible apreciar en su evolución posterior<sup>19</sup>. Quienes hasta entonces habían criticado el capitalismo como una fuente de opresión acabaron progresivamente en el terreno de la acep-

tación, aun tácita, del liberalismo. Su reconocimiento, en la década de los ochenta, del régimen soviético como otra forma de alienación, llevó a buena parte de estos intelectuales alineados contra el totalitarismo a abandonar el terreno de la crítica, sin saber reconocer el nuevo predominio liberal en el mundo occidental (Boltanski y Chiapello, 2002:88). En efecto, su creciente anticomunismo les llevará progresivamente a alinearse con el movimiento antitotalitario estructurado en torno al filósofo y sociólogo liberal Raymond Aron y al sindicalismo cristiano enfrentado a la hegemonía de la CGT (Confédération générale du travail), y manifestado en órganos de expresión como *Prevues*, *Contrepoint* o *Commentaire*.

Un segundo núcleo de miembros de la fundación, con indudables puntos de contacto con el anterior, lo representa el sector definido por Laurent como *modernizador*. Constituye una respuesta o más bien una reacción a la orientación seguida por la economía francesa tras la Segunda Guerra Mundial, caracterizada por el desarrollo de un modelo de capitalismo de tutela estatal. Para este grupo, la modernización de la economía capitalista pasaba por una incremento de la competitividad y la eficacia del mercado y de los diferentes sectores de la misma a través de una nueva política de participación en la toma de decisiones efectuada a partes iguales por la administración, los sindicatos y la patronal en calidad de actores comprometidos en la superación del anterior patrón intervencionista.

Alrededor de figuras como François Bloch-Lainé y Simon Nora se elabora un pensamiento legitimador de un Estado modernizador, en donde se advierte una creciente desconfianza hacia el papel del pueblo. El referente de este núcleo era el primer ministro ya fallecido, Pierre Mendès France, en la medida que encarnaba la traducción política de las aspiraciones de altos funcionarios, sindicalistas e intelectuales de izquierda enfrentados a la hegemonía política y sindical representada por el PCF y la CGT. Este sector encontraría su apoyo en una pléyade de universitarios, intelectuales y periodistas, agrupados en torno a órganos de expresión como *Le*

<sup>19</sup> El anticomunismo visceral de Furet se trasladará rápidamente a su planteamiento histórico de la revolución francesa, completamente antitético al tradicional dominado por la escuela marxista de Albert Soboul.

*Nouvel Observateur* o *L'Express*<sup>20</sup>, con una amplia representación dentro de la Fundación.

Un factor determinante para la apertura de estos núcleos a círculos exteriores fue, desde luego, el componente institucional. Si Roger Fauroux constituía, en este sentido, un eficaz engranaje entre el mundo de la industria y el de la alta función pública<sup>21</sup>, no menos lo iba a representar Simon Nora, a la sazón antecesor de aquel en el ENA y alto comisionado estatal, que también supo mantener y estrechar contactos con sectores sindicales e intelectuales, o el hermano de éste, Pierre, con importantes vínculos con el mundo editorial, sin olvidar en ningún momento su presencia en el eje decisivo ya citado representado por el EHESS. En lo que respecta a Jacques Julliard, se acogía perfectamente al perfil fijado: a su cargo de director de estudios del EHESS durante veinte años (1978-1997) se añadía un pasado fuertemente sindical —dirigente del Sindicato general de educación nacional (SGEN) así como de la CFDT entre los años sesenta y setenta— y unos importantes contactos en los medios impresos (miembro, por ejemplo, del comité de redacción de la revista *Esprit*).

La proximidad social de un cierto número de actores, estatutariamente en posición de intervenir en el debate público, facilitó la difusión del discurso. Pero además el hecho de que existiera una afinidad electiva, es decir, se diera un consenso entre los miembros de la fundación a la hora de determinar qué nuevo personal podía ser cooptado o no por la misma, contribuyó si cabe a reforzar su coherencia<sup>22</sup>. Jean Daniel, en este sentido, fue muy expresivo al describir la naturaleza privilegiada de sus relaciones con gente como François Furet, Mona Ozouf o Pierre Nora: *Je ne trouvais pas du talent à ces hommes et à ces femmes parce qu'ils étaient mes amis. J'étais devenu leur ami parce que je leur trouvais du talent.*

Pierre Bordieu caracterizó perfectamente a esta aristocracia cultural, dotada de una esencia superior y sustentada sobre *una amplitud de miras, visión de conjunto, una cultura general,*

*una suma de virtudes, en definitiva, que los dominantes se atribuyen a sí mismos y que acuerdan exigir a quienes pretenden unírseles* (Bordieu, 1989:210). De acuerdo a esta lógica, cada uno de sus componentes, persuadido de su importancia al formar parte de esa fracción ilustrada de la elite, y de entrar en contacto con personas tan capacitadas e inteligentes como él, automáticamente hace suyo, difunde y alimenta todo cuanto sus pares le avanzan y proponen (Laurent, 1998:4).

## LOS PERFILES DEL NUEVO CAPITALISMO

En el marco de las pautas de modernización y adecuación requeridas por las nuevas exigencias de las sociedades avanzadas resta, sin duda, conocer el papel reservado al capitalismo. El objetivo prioritario consistiría en examinar, desde una perspectiva netamente sansimoniana, el funcionamiento del sistema industrial postmoderno, menos concebido como un conjunto de fuerzas libres e individuales de acción espontánea que como un orden de medios (actividades económicas) y fines (producción) cuya meta final es la redistribución y el bienestar colectivo. Sin embargo, esta concepción netamente social del potencial creador de la economía no resultaba suficiente para despejar algunos interrogantes planteados sobre la disposición de los diferentes agentes que la conformaban y que, en buena medida, contradecían esta evolución. Desde la Fundación, pues, a través de algunos de sus más eminentes representantes, se iba a apuntar que, efectivamente, el libre ejercicio de la iniciativa particular no constituía una garantía para un mayor progreso y menos aun el mercado, constituido como paradigma del ideal utópico liberal y máxima panacea universal (Peyrelevade, 1999). Una sociedad no es sólo el resultado de actividades parciales de producción, de cambios o de dominio, sino que posee, en tanto que totalidad, un objetivo colectivo que puede ser inconsciente, pero que constituye la última razón de su organización particular. En

<sup>20</sup> Simon Nora se encontraría en el origen de ambas publicaciones, especialmente en la fundación de *L'Express*.

<sup>21</sup> De hecho, fue Fauroux, desde la dirección de la ENA, quien abriría la vía para que las enseñanzas de esta escuela —netamente dedicada a la selección y homogeneización del personal destinado a los grandes cuadros administrativos del Estado— establecieran puentes de aproximación entre la función pública y el sector privado (por ejemplo, favoreciendo *stages* para el alumnado en empresas). (Garrigou, 2000:3).

<sup>22</sup> Fenómeno por lo demás habitual en las relaciones entabladas entre políticos, periodistas e intelectuales. (Périchaud, 2001).

consecuencia, era necesario captar los tipos de actividades colectivas, mostrar su particularidad y subrayar cómo se ordenaban y se jerarquizaban en el seno de una totalidad. A nivel del sistema capitalista sería necesario captar el fin de la actividad común y verificar que en un sistema coherente todas las partes y todas energías estaban en correlación con la forma específica de la actividad global.

Para Jean Peyrelevade, las debilidades estructurales (capitalización bursátil demasiado débil, la pusilanimidad de los vínculos entre financieros e industriales) de la economía y de las empresas francesas eran notables. En esta tesitura, se imponía una profunda reordenación a cuya cabeza debía situarse el Estado, cuyas prioridades asimismo debían cambiar. Según este sansimoniano, siempre desde un discurso económico deliberadamente próximo a la socialdemocracia, los fundamentos de una nueva *economía mixta* pasaban por una reestructuración del sector público, hasta entonces permanentemente mediatizado por el efecto de unas decisiones políticas siempre desestabilizadoras e inestables —como fue el caso de las nacionalizaciones de 1981 y de las privatizaciones de cinco años después— que tendiera a limitar su nivel de participación sólo a aquellas empresas que constituyesen un servicio público o sirvieran al interés estratégico nacional, así como un mayor margen de maniobra para el conjunto de las empresas francesas, cara al objetivo prioritario de superar el que había sido siempre su principal handicap: su menor peso y envergadura en relación a sus principales rivales internacionales.

La vía sugerida por Peyrelevade como definitiva para operar esa *reconquista* del mercado y competir en igualdad de condiciones en el seno de la economía mundial iba a ser la de la capitalización. A su juicio, la debilidad inherente del capitalismo francés residía en la existencia de un omnipresente sector público que asfixiaba a las empresas —dígase de paso a través de criterios políticos no siempre muy eficientes— y absorbía sus capitales. En consecuencia, la alternativa pasaba por una potenciación del ahorro duradero y estable, a través de fórmulas imaginativas, como los sistemas de planes de pensio-

nes, ya en boga en otros países (Peyrelevade, 1993).

El punto de partida de su análisis —elaborado en el seno de un grupo de trabajo constituido en el seno de la Fundación<sup>23</sup>— tenía como marco la evolución experimentada por el capitalismo contemporáneo a partir de la progresiva implantación en las economías más avanzadas del modelo del *corporate governance*, es decir, de un contexto de gobierno empresarial, resuelto a reconducir las frecuentemente turbulentas relaciones entre los efectivos gestores de las compañías y los propietarios —accionistas— de las mismas. En efecto, la agudización de esas tensiones, que especialmente en las últimas décadas estaba contribuyendo a cuestionar, según el autor, el mito sobre la armonía de los diferentes intereses en juego en el seno de un marco de libertad capitalista, obligaba a un replanteamiento de las relaciones de poder en el seno de las empresas, en el sentido de delimitar las competencias de sus protagonistas y asegurar el control de la gestores por los verdaderos propietarios del capital, los accionistas (Nora, 1989).

Sin embargo, este fenómeno sólo era posible entenderlo desde otra dinámica evolutiva interna del sistema capitalista derivada del envejecimiento de la mano de obra y la previsible incapacidad de los sistemas de seguridad social de los países para hacer frente a sus sueldos de jubilación (Peyrelevade, 1996). Efectivamente, el crecimiento espectacular de fondos de pensiones privados y su conversión en potenciales fondos de inversión había tendido a dotar de un importante poder a una nueva categoría de instituciones, los gestores de fondos, especialmente en EEUU e Inglaterra, aunque progresivamente extendidos en todo el mundo, pues no en balde estos gestores institucionales, fieles a su responsabilidad de extraer la máxima rentabilidad para sus beneficiarios, exportaban sus recursos invirtiéndolos, en el marco de una economía capitalista mundializada, allá donde estos capitales alcanzaran los mejores réditos. En el nuevo contexto, el papel de los gestores institucionales —en calidad de representantes de todos los accionistas y suscriptores de planes de pensiones individuales— se tornaba decisivo pues el repar-

<sup>23</sup> El grupo de expertos en cuestión estaba formado por Michel Albert, Daniel Cohen, Philippe d'Iribarne Gilles de Margerie, Dominique Desailly, Caroline Eliacheff, Erhard Friedberg, Jean-Pierre Jouyet, Yves Lyon-Caen, Alain Minc, Véronique Morali, Denis Oliiviennes, Yves Sabouret y François Sureau. (Peyrelevade, 1999).

to de responsabilidades emanado del sistema de *corporate governance* tendía a conferir a éstos el control de la gestión de las empresas independientemente de su localización internacional. La dirección de las empresas, es decir, el poder de gestión, correría con la toma de las decisiones, pero el conjunto de intereses globales que representaba obligaría permanentemente a atender el interés *social* de sus representados, a través del incremento infinito de sus beneficios.

Más allá de las sombras que pudiera proyectar una dinámica de crecimiento mundial cargada de contradicciones —una de las más evidentes, sin duda, el hecho de que la financiación de las pensiones del futuro se derivara de la puesta en marcha de planes de reestructuración en las empresas, con la consiguiente destrucción de empleo en el presente— y de incógnitas —la tendencia a incrementar lo más rápido posible las capitalizaciones bursátiles de las empresas (en la lógica de la década de los 90) y la posibilidad de que pudieran muy bien tener un límite, son algunas de ellas— Peyrelevade y su equipo de colaboradores situaban el problema en clave interna; efectivamente, en contraste con la evolución internacional, el modelo capitalista francés había privilegiado, desde los años de Vichy, un sistema de gestión en donde el control absoluto de la dirección y gestión de la empresa residía exclusivamente en el presidente del consejo de administración, el conocido PDG (*président-directeur général*), sin intervención alguna posible del accionariado, con la consiguiente opacidad y falta de transparencia en la toma de decisiones.

En un mundo crecientemente dominado por los gestores de fondos de pensión principalmente anglosajones, la especificidad francesa —se afirmaba— estaba condenada a desaparecer. A pesar de la resistencia del empresariado nacional —más interesado, con todo, en perpetuar su fuente de privilegios y poder que en prever los retos impuestos por el nuevo modelo— las condiciones del capitalismo financiero francés, su carencia de capitales necesarios para crear fondos sólidos propios y contrarrestar los procedentes del exterior invitaban a pensar en una futura claudicación final de éste frente a los flujos internacionales. La única alternativa viable, pues, pasaba por dotar al sistema francés de las armas de las que ya estaban dotados sus rivales, favoreciendo la acumulación y la capitalización de ahorro necesario para el mantenimiento de

los futuros pensionistas así como incrementando los niveles de capital indispensables para salvaguardar la independencia de las empresas de la dinámica impuesta desde el mundo anglosajón, por otro lado, de un porvenir incierto (Peyrelevade, 1999:53). Se trataba, en definitiva, de un discurso que sin dejar de apelar al mantenimiento de una especificidad francesa, se ajustaba plenamente a las directrices impuestas por el sistema capitalista internacional en el sentido de apostar por un modelo de empresa moderno, acorde a las sacrosantas condiciones de flexibilidad y descentralización.

En esta misma línea se situaban otros economistas y hombres de negocios sansimonianos; es el caso de Michel Aglietta, a juicio del cual la estabilidad de la economía capitalista pasaba por el desarrollo de nuevas estrategias que, en un sentido transversal, rompieran con las clásicas divisiones existentes dentro de la empresa (asalariados/directivos; accionistas/gestores) y proporcionasen alternativas viables y satisfactorias para todos los actores, en el marco de una integración empresarial más interactiva y estable. Una de estas medidas la constituiría la creación de fondos salariales y la consiguiente accionarización de los empleados de las compañías. Según Aglietta, en otra nota de la fundación, se trataba de una orientación iniciada y ampliamente extendida en los Estados Unidos —allí ya había varias docenas de millones de accionistas individuales que ejercían su participación en las empresas de formas muy variables— de rentabilidad y eficacia indudables pues al tiempo que proporcionaba estabilidad a la dirección y a la propiedad de las empresas (la creación de fondos salariales incrementaría el accionariado y, en consecuencia protegería a la compañía de posibles ofertas públicas de adquisición (OPAS)), extendía la responsabilidad de la explotación a un mayor amplio colectivo de actores (los trabajadores en su calidad de accionistas verían incrementada su implicación en la empresa, más allá de la mera percepción de un salario; la dirección de la empresa dejaría de encontrarse situada por encima de sus asalariados para, de alguna forma, compartir ahora tareas con ellos (Aglietta, 1999), y, por otra parte, permitía elevar sus niveles de competitividad y eficiencia (la remuneración de los trabajadores a través de nuevas modalidades, especialmente fondos de capitalización o acciones, se traduciría en una reducción de costes —ahorro en car-

gas fiscales y contribuciones sociales) (Aglietta, 1998).

Si bien tanto Aglietta como otros miembros de la Fundación —como el economista Robert Boyer o el empresario Jean-Louis Beffa— concebían la extensión de estas nuevas instituciones de ahorro salarial como los más eficaces mecanismos para la regulación del imperante *capitalismo desenfrenado* —así como un instrumento de la economía nacional para conservar e incluso incrementar la cuota de capital francés en las mayores empresas del país, reforzando con ello la nacionalidad del patrimonio propio (Beffa, Boyer, Touffut, 1999)— lo cierto es que este modelo de remuneración *diferida* distaba mucho de resultar aquel paradigma de modernidad e integración social. En efecto, bajo este sistema aparentemente reformador y progresista —hasta el punto de llegar a tentar al gobierno Jospin— era posible vislumbrar unas pautas generales más bien indicativas de un proceso de liberalización y desregulación económica crecientes— tal y como en el propio caso norteamericano, utilizado como referente ejemplar, se podía percibir<sup>24</sup>:

- a) la multiplicación de pequeños accionistas preservaba a la dirección de las grandes compañías de las ofensivas de otras empresas, reforzando el control del núcleo, pero en ningún caso constituía una garantía de nacionalización. De hecho, podía contribuir —si como era de esperar no había un sindicato sólido de pequeños accionistas (algo muy normal, debido a la fragmentación) que actuara de manera coordinada— a un mayor nivel de dependencia externa;
- b) la conversión de los asalariados en meros accionistas, con la consiguiente atomización e individuación de su papel dentro de las empresas, tenía como objeto desnaturalizar su carácter específico como trabajador por cuenta ajena y en consecuencia minar su conciencia laboral y sindical; y
- c) las supuestas ventajas económicas y fiscales derivadas de la accionalización de los asalariados, como complemento o sustitutivo de subidas salariales (tanto empresarios como trabajadores pagaban menos impuestos y cargas sociales) tenían como

efecto derivado una menor afluencia de recursos al Estado, que en el futuro podía traducirse en un desmantelamiento encubierto y en su consiguiente vaciado de funciones a nivel de redistribución y cobertura social.

Análisis como el realizado por Aglietta y otros teóricos de la Escuela de la Regulación francesa acababan, en definitiva, asumiendo de manera pragmática —también en la esfera política— como un hecho incontrovertible el actual desarrollo del sistema capitalista actual, limitándose a corregir las distorsiones de la esfera privada a través de su reconciliación con el principio de solidaridad vía intervención suplementaria del operador *público* (Bellofiore, 2000).

En cualquier caso, previamente se imponía, primero, una redefinición del conjunto de valores y métodos de progreso social encarnados por el Estado de Bienestar. Efectivamente, desde esta óptica el modelo inaugurado en 1945 se encontraría en pleno declive, y sus fundamentos filosóficos y técnicos desfasados; era el momento de reemplazar el principio de universalidad en la asistencia por nuevas fórmulas sustentadas sobre el concepto de equidad y sobre la base de una gestión más individualizada de lo social, en el marco de una sociedad compleja y fragmentada de acuerdo a la divisoria, actualmente en boga, de inclusión/exclusión (Rosanvallon, 1998:186).

Igualmente resultaba indispensable, aun reconociendo la eficacia de su gestión en el pasado, un giro en la tradicional orientación del sector público francés, hasta entonces regido de acuerdo a un modelo de gestión en el que superponían las nociones de servicio público, empresa pública, monopolio, estatuto y actividad nacional, y en las circunstancias del momento abocado a una necesaria adaptación a las condiciones impuestas por la exigencia de innovación y eficacia propias del mundo moderno (*un État immobile est un État en péril. Rien n'est plus essentiel pour préserver notre identité que de nous doter d'un État moderne, souple, efficace et serein*) (VVAA, 1994: 66). En este sentido, la administración estatal habría de regirse de acuerdo a nuevos modos de organización ya

<sup>24</sup> Entre 1989 y 1997 los nuevos sistemas de accionariación salarial no sólo no impidieron que los ingresos del 95 por 100 de las familias estadounidenses se estancaran, sino que lejos de ello, contribuyeron a agudizar las diferencias. Mishel, L. Dir, 1999, *The State of Working America, 1998-1999*, Washington, citado por (Husson, 2000).

incorporados por el sector privado: era llegado el momento, pues, de la abreviación de las cadenas jerárquicas, de la implicación de las personas, de la necesaria descentralización y de una gestión previsoras de las competencias.

Los funcionarios y los empleados públicos en tanto beneficiarios de un estatuto también fueron situados en el punto de mira; en un mundo dominado por la flexibilidad y la fluidez, aquel que posee un estatuto y, en consecuencia, conoce sus deberes (lo que se espera de él) y sus derechos (lo que él espera de otros) va a ser percibido como un privilegiado —incluso, en algunos casos, como un parásito—, pues sus ventajas estatutarias constituyen un límite a las actividades del resto, constituidas sobre la movilidad y el dinamismo (Pisier y Bouretz, 1998). Se apelaba, pues, a una mayor aproximación del funcionario al resto a la sociedad, una mayor implicación en los grandes problemas que afectaban al resto de trabajadores (pensiones, paro), contribuyendo más con sus cotizaciones y renunciando a algunas de sus prerrogativas. Una vez más, la proclamación de los imperativos de solidaridad y equidad iban acompañados de las correspondientes dosis de flexibilidad, sin las cuales, a juicio de estos autores, difícilmente cabía hablar de ciudadanía activa ni de compromiso social.

En este sentido, y en línea con lo anterior resulta significativo apreciar como buena parte de las críticas lanzadas desde estos círculos de expertos, algunas de ellas sancionadas públicamente en informes oficiales se dirigían a denunciar las que se consideran tradicionales resistencias de la sociedad francesa así como el clima de inmovilismo responsable del bloqueo estructural de la nación, especialmente visible en los llamados *grupos intermedios* —dentro de las empresas, las administraciones y la sociedad (VVAA, 1994:176).

En el seno de este colectivo de economistas es posible percibir la singular evolución ideológica experimentada por algunos de ellos originariamente vinculados al pensamiento marxista —es el caso de Michel Aglietta— y finalmente asociados a la defensa de un capitalismo patrimonial, en compañía de otros compañeros de viaje de la escuela regulacionista como Robert Boyer, todos ellos bajo el común denominador de su vinculación con la Fundación Saint-Simon. Aunque partieron de un diagnóstico ortodoxo del desarrollo seguido por el capitalismo desde

finales de la Segunda Guerra Mundial —identificado con la estabilidad de las *Trente glorieuses*— Aglietta y otros pronto se desmarcaron del análisis general tras la crisis de 1973, experimentando un giro innovador que fue explicado por sus autores como resultado de la adecuación de sus tesis a la realidad empírica, en contraste con el dogmatismo teórico precedente.

Efectivamente, frente a esos teóricos del PCF que parecían ver por fin cumplidas sus predicciones sobre la crisis definitiva del capitalismo monopolista del Estado, la respuesta de los regulacionistas consistió en apuntar la posibilidad de una salida a lo aparentemente inevitable. En su *Régulations et crises du capitalisme* (1976), Aglietta, por ejemplo, presentaría como alternativa a la superproducción tendencial que amenazaba con acabar con el capitalismo, un modelo económico amparado sobre un neofordismo de nuevo cuño que a diferencia del tradicional, fundado sobre el consumo privado, descansaría en la esfera consuntiva colectiva (educación, sanidad, transportes...). En cualquier caso, por aquel entonces el autor aun precisaba que esta posible transformación de los fundamentos del régimen de acumulación intensiva no necesariamente suponía una solución definitiva a la crisis del capitalismo, alejándose por el momento de toda tentación armnicista.

Sin embargo, la llegada de la izquierda al poder en 1981 proporcionó a los regulacionistas la ocasión de abandonar su posición de críticos iluminados para convertirse —como señala Michel Husson— en los consejeros del príncipe (Husson, 2001). Su posición en el aparato de administración económica y su formación de ingenieros —politécnicos— les llevó a reclamar una posición prioritaria en el proceso de puesta en marcha de la nueva regulación cara a la salida de la crisis. En este momento comienza a asistirse a un basculamiento de posiciones en estos teóricos al admitir ahora la capacidad del sistema capitalista para funcionar de manera relativamente armoniosa. Ya en un coloquio celebrado en 1982 se presentaría una primera aproximación de este cambio de posicionamiento; en uno de sus documentos se afirmará la necesidad de *mantener una cierta progresión del consumo*, siempre y cuando fuese compatible con la recuperación de la inversión industrial y el equilibrio de los pagos exteriores, *así como de discernir las nuevas demandas cuya aparición y desarrollo se encuentran hoy en día fre-*

*nadas por la inestabilidad y la incertidumbre vehiculadas por la crisis* (Aglietta y Boyer, 1982). En buena medida, este análisis ofrecía una versión más tecnologista de la escuela de la regulación al hacer del ámbito electrónico la vía natural de salida a la crisis, con la vista puesta en la obtención de un nuevo compromiso social positivo fundado sobre las *nuevas productividades* y un renovado *modelo de sociedad*.

A partir de entonces la teoría de la regulación devendría técnica de regulación; desde diferentes estudios, sus portavoces se dirigirían a las instancias de tomas de decisión para mostrarles las diferentes opciones de capitalismo disponibles —moduladas de acuerdo al diferente peso de cinco variables: sistema técnico, formas de competencia, relación salarial, intervenciones públicas, régimen internacional— y evaluar sus ventajas respectivas. De entre todas las alternativas posibles, sin embargo, estos teóricos acabarían decantándose por una, no menos voluntarista, cuyo objetivo era instaurar *formas colectivas de adaptación* a las mutaciones, sobre la base de *una nueva configuración de la relación salarial* derivada de *un principio original de reparto de las ganancias de productividad entre progresión salarial, reducción del tiempo de trabajo y creación de empleo a escala de toda la sociedad*. A través de esta fórmula los teóricos de la regulación culminaban su alejamiento del espíritu que había guiado sus investigaciones iniciales —la evolución a seguir por el capitalismo— para limitarse, desde una metodología fundamentalmente individualista y en absoluto atenta a toda dinámica social, a mostrar el arco de combinatorias posibles a seguir por los diferentes capitalismos concretos.

Sin embargo, posteriormente, al afirmar que la competitividad no dependía sólo del coste del trabajo y que el mercado podía necesitar de las instituciones para ser plenamente eficaz, estos autores dieron un nuevo paso, dejando atrás el horizonte postfordista y reemplazándolo por el reciente del capitalismo patrimonial. El eje argumental se centraría ahora en la vía financiera de acumulación capitalista a seguir, elección que para Aglietta era clara: a su juicio, los sistemas financieros *con estructuras administradas* salvaguardaban mejor los proyectos de inversión que aquellos basados en una financiación liberalizada, y, en consecuencia eran superiores a éstos a la hora de preservar la acumulación de capital. De aquí a las propuestas antes presenta-

das de la Fundación Saint-Simon sobre la base de un capitalismo organizado y participativo sustentado en la creación de fondos salariales a instancia de empresas y sindicatos, no iba a haber más que un paso.

La presión ejercida por los diferentes *lobbies* franceses en el tramo final del siglo —prácticamente al mismo tiempo que las recomendaciones acordadas por la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Comunidad Europea en Lisboa (marzo, 2000)— acabaría finalmente provocando un cambio de orientación en la política económica francesa —en aquellos momentos bajo el mando de la entonces denominada *gauche plurielle*— en el sentido de seguir las pautas previamente apuntadas. El rechazo puramente nominal del gabinete a constituir *fondos de pensión a la francesa*, en efecto, apenas constituía una cortina de humo; la ulterior propuesta del mismo de crear *fondos de reserva* financiados con los dividendos obtenidos de las participaciones de las empresas, bajo el control del Estado constataría de hecho, su constitución encubierta (Collin y Cotta, 2001:39-41).

## UN NUEVO HORIZONTE SOCIAL

Para muchos de estos autores iba a cobrar, pues, mucho sentido el nuevo papel a jugar por el Estado ante el reto que las nuevas condiciones sociales y económicas iban a imponer. Más aun cuando en el centro de este debate abierto por economistas, hombres de negocios y políticos en torno a las orientaciones a fijar en el futuro marco de relaciones entre los poderes públicos y las transformaciones experimentadas en el seno de las sociedades postindustriales, va a comenzar a afianzarse un nuevo término: el del Estado Social Activo (ESA).

Acuñaado desde ciertos sectores de la socialdemocracia europea (Inglaterra, Francia y Bélgica), pero rápidamente retomado por la intelectualidad y la expertocracia de inspiración progresista como modelo de permanente referencia, el concepto de Estado Social Activo va a ser mostrado como el relevo natural al Estado de bienestar clásico surgido en Europa tras la Segunda Guerra Mundial. Aunque los pilares sobre los que se sustentaban ambos sistemas aparentemente eran los mismos —la igualdad de oportunidades y la cohesión social— lo que va a

distinguir uno del otro, devenido *caduco*, iba a ser la noción de *actividad* (Arnsperger, 2000).

Los fundamentos éticos sobre los que se sustentaba el Estado Social Activo no se apartaban, en efecto, de los conocidos hasta entonces: se trataría de un lado, de facilitar a todos los ciudadanos los medios necesarios —una educación general que permitiese el desarrollo de sus facultades morales, así como una formación específica necesaria para su inserción en el sistema económico— para realizarse en sus vidas con plena autonomía; y de otro, imbuirles de un espíritu de ayuda y cooperación mutua en tanto miembros de una comunidad movida por el principio de reciprocidad (Vandenbroucke, 1999). Las vías a través de las cuales los individuos podían desarrollar actividades socialmente útiles —tanto para sí como para los demás— habían variado con el tiempo, pero, indudablemente, el discurso dominante sobre la eficacia de lo privado y la presión cada vez mayor a la que se había sometido a las finanzas públicas, como resultado de las elecciones tomadas por los gobiernos en un marco de creciente desregulación económica, habían contribuido a reducir toda la actividad en dos sectores, el asalariado y el llamado independiente —léase iniciativa libre privada— en detrimento del público, el asociativo o el de utilidad social (basado en la asistencia y en el subsidio).

A tenor de sus prioridades, el Estado Social Activo parecía situarse en la órbita de las clásicas preocupaciones de la izquierda; su actitud comprometida hacia al conjunto de los ciudadanos y en especial su preocupación por los más desfavorecidos, concretada a través de diferentes intervenciones (financiación de la educación básica y de la formación profesional, medidas fiscales y jurídicas), así lo parecía atestiguar. Sin embargo, a diferencia de los Estados sociales clásicos, en donde el sistema desempeñaba un papel corrector y compensatorio de desigualdades ya producidas, *a posteriori* (por ejemplo, la pérdida por alguien de un empleo), mostrando una notable pasividad a la hora de prevenir estas situaciones negativas, el nuevo modelo emergente se configuraba como una instancia orientada a limitar al máximo las posibilidades de riesgo de la población a través de a) la información a todos los ciudadanos del conjunto de contingencias sociales conocidas y calculables posibles, así como la relación de estas con ciertos *comportamiento de riesgo* y b) la provisión

de los medios necesarios para evitar la adopción por los individuos de tales comportamientos.

El Estado Social Activo aparecía, pues, como una respuesta a los desafíos abiertos tanto en el terreno de la financiación de las instituciones públicas y en la evolución del mercado, dentro del trasfondo general imperante de flexibilización y desregulación capitalista (Boyer, 1998), como en el marco de los comportamientos individuales y colectivos, donde algunos sociólogos parecían apreciar signos de un cambio de mentalidad, en el sentido apreciar una aspiración por parte de las personas a disfrutar de *ciclos de vida menos homogéneos* y gozar de mayor *flexibilidad* (Meda, 1995).

El problema residía en que este modelo híbrido a partes iguales de idealismo y pragmatismo, reposaba sobre un presupuesto falso que cuestionaba la verosimilitud del conjunto. La concienciación de los ciudadanos, imbuidos de esa recién adquirida predisposición a la movilidad y a la flexibilidad laboral, no resultaba por sí sola suficiente para eliminar el riesgo social; de hecho, suponer que el desempleo constituye un *riesgo social* previsible y, por consiguiente, evitable, implicaba aceptar la hipótesis de una economía y un mundo capitalista predecible y plenamente reglamentado, algo que casaba muy mal con los propios fundamentos que daban origen a la propia concepción del Estado Social Activo, las fluctuaciones y turbulencias del sistema económico, y con las decisiones políticas derivadas de ese estado de cosas (debilitamiento de la financiación pública, reducción de las políticas públicas, etc.).

Por otro lado, los beneficiarios actuales del sistema capitalista actual perderían considerablemente si contribuyeran realmente a la puesta en marcha plena y completa del proyecto del Estado Social Activo. Más aun cuando, se quisiera o no, las categorías de población que podían hacer valer dotaciones en capital elevadas (y que perderían en un Estado Social realizado) eran también aquellas que, a través de medios de presión como el *lobbying* o la pura y simple deslocalización, podían hacer mejor valer sus intereses *de clase* frente a los gobernantes.

Dado que, en otras palabras, la estructura política y sociológica del Estado Social Activo impedía por sí misma su realización plena, todo parece indicar que este supuesto ideal solidario quedaba limitado a medidas de aligeramiento de las cargas patronales así como de racionalización

de la enseñanza pública; o lo que es lo mismo al mantenimiento de la ideología del trabajo asalariado, en lugar de un crecimiento sustancial de la financiación de las escuelas, de la formación profesional, así como de otros sectores como el público, el asociativo o el asistencial.

Efectivamente, en lo que competía al ámbito educativo se iba a subrayar la exigencia de la introducción masiva de nuevas tecnologías en la enseñanza primaria y secundaria, partiendo de la premisa de que ya no se juzgaba indispensable la transmisión de unos saberes o de una cultura sino más bien la enseñanza en el manejo de determinados instrumentos didácticos (*didacticiels*) que permitieran a los futuros adultos *aprender a aprender*, con lo que ello suponía de individuación de los sistemas de aprendizaje y de inevitable desmantelamiento de las estructuras educativas tradicionales (OCDE, 1998). Con el tiempo, en un segunda fase, la imbricación cada vez más estrecha del medio educativo con el mundo industrial acabaría desembocando en una progresiva transferencia de lo esencial de los servicios públicos de enseñanza hacia tipos de formación crecientemente dispensados por las empresas, con los consiguientes beneficios. En este sentido, y como se afirmaba en una nota de la fundación, frente a la *dictadura del diploma* —forma despectiva con la que se iba a despachar el modelo tradicional de adquisición de conocimientos— las insuficiencias del sistema educativo solo tendrán salida cuando *éste acepte finalmente adaptarse al ritmo impuesto por las empresas, las administraciones y las asociaciones, a través de la formación permanente e indefinida de los individuos* (Roman, 1998).

Desde esta perspectiva, la supervivencia del sistema educativo actual sólo podía pasar, en suma, por afrontar una serie de retos propios de la complejidad de las sociedades contemporáneas, que le obligaran inevitablemente a adaptarse a las necesidades del mundo económico y financiero. La aceleración de los cambios, sometidos a la presión de las luchas concurrenciales y del progreso tecnológico, y las mutaciones constantes operadas en el mercado de trabajo, susceptible de mayores niveles de cualificación profesional, requerían —se afirmaría— de una permanente predisposición a la flexibilidad y a la reforma. Se trataba, por tanto, de que la escuela proveyese de mano de obra apta a las exigencias de flexibilidad laboral dominantes, se especializara —aunque ello supusiera aban-

donar el centralizado sistema de enseñanza tradicional heredado de años de masificación— para dirigirse hacia la creación de una red de establecimientos autónomos de fuerte competencia mutua. Al final, los conocimientos acabarían por dejar su lugar a la competencia, y, lo que es más importante, un concepto vago, el de *empleabilidad*, acabaría sustituyendo a la vieja noción de cualificación, con todo lo que ésta implicaba de reglamentación y protección social.

En fin, si el ideal solidario del Estado Social Activo —equiparación radical de oportunidades— no se apreciaba sino sólo de lejos, menos lo haría el otro componente del proyecto —la individuación auténtica a través de una participación social flexible y creciente en la actividad social— más próximo en la realidad a una sordida novela dickensiana. El compromiso social de izquierda dejaba paso así a una dinámica individualista de raigambre claramente neoliberal.

#### **A MODO DE BALANCE: EL SANSIMONISMO COMO FÓRMULA DE RACIONALIZACIÓN ECONÓMICA Y MODERNIZACIÓN SOCIAL**

El sansimonismo constituyó los fundamentos del orden social industrial, de sus pautas de modernización y racionalización sobre la base de la importancia esencial de la tarea administrativa en el marco general de las capacidades políticas, pero en buena medida no hizo sino prolongar una línea iniciada con anterioridad en Francia. Desde finales del siglo XVII y comienzos del XVIII la aparición en este país de proyectos de una *science de gouvernement*, en un contexto de liberalización del Estado, de reforzamiento del papel de los administradores ya apuntaban hacia esa dirección, destinada a asentar el poder del Estado sobre la economía y la población (Delmas, 2002:6-16). En este sentido, el despotismo ilustrado constituye un jalón indispensable en este proceso de racionalización, clarificación y eficacia a través del cual el poder estatal se constituye como realidad objetiva encaminada a organizarse de acuerdo a las leyes naturales descubiertas por la razón. Ya entonces se constata que la decisión política, efectivamente, sólo alcanza eficacia general si se expresa en un lenguaje general y que, por consiguiente, las órdenes deben ser construidas

con conceptos universales, a través de una política racional sustentada sobre aquel principio de uniformidad y homogeneidad superador de los particularismos tradicionales.

El sansimonismo, en la medida en que determinó que las leyes políticas que organizaban una sociedad derivaban necesariamente del grado de desarrollo alcanzado por las relaciones sociales y su actividad dominante en un momento dado, culminó aquel proceso de fundamentación del horizonte lógico de la sociedad industrial contemporánea que, dirigido a la elite capitalista de su época, había surgido como fruto de una larga reflexión sobre las condiciones del desarrollo industrial en Francia así como sobre los problemas de la gestión racional de la empresa y de la actividad productiva, en el convencimiento de que su superación traería el progreso, la prosperidad y la civilización.

Tal interpretación de la realidad trajo consigo, sin embargo, otras consecuencias, resultado en gran parte del considerable peso concedido a la actividad de producción en conjunto del sistema social. La principal de ellas, sin duda, fue el hecho de introducir en la percepción de la sociedad un doble movimiento de separación y unificación derivado del efecto, por un lado, de aislar y delimitar nítidamente de la totalidad el fin social perseguido, es decir, la actividad productiva, y, por otro, de canalizar y orientar todas las fuerzas disponibles a la consecución de tal objetivo. Excluido, por tanto, el contraste de ideas y la discusión sobre los fines y valores, previamente establecidos por los más capaces, la aportación que el individuo podía hacer a la sociedad se limitaba a participar materialmente en el proceso productivo, o a contribuir al fortalecimiento ideológico del sistema.

Así caracterizado, el sansimonismo constituía un fuerte incentivo a la iniciativa capitalista, pues, de una parte, buscaba vencer el conservadurismo de la burguesía francesa en un periodo trascendental para el *demarrage* industrial del país, y por otro, trataba de favorecer la renovación desde el punto de vista técnico y científico de las mismas energías burguesas. Sin embargo, su modelo social aparece concebido como un bloque monolítico en el que todas las acciones de los asociados estaban condenadas a confluir obligatoriamente hacia los fines definidos e impuestos por las jerarquías.

En la segunda mitad del siglo XIX, las ambiciones sansimonianas acabaron por instalarse

definitivamente entre los grandes empresarios, convencidos de que la ciencia y la organización racional de la producción podían intervenir radicalmente sobre los modos de vida y, simultáneamente, ir en el sentido de una reconciliación social (Dilas-Rocherieux, 2002:102). Fue también entonces cuando, en pleno fase expansionista del capitalismo en Francia, la noción de red asociada a principios como progreso y comunicación se incorporó al discurso sansimoniano y se constituyó en un emblema de modernidad y civilización que no tardó en hacer suyo la comunidad capitalista nacional en su conjunto.

En el último tercio del siglo XX, coincidiendo con otro momento de incertidumbre en el seno del capitalismo francés, el discurso sansimoniano reapareció con sus proclamas de racionalidad y modernización. Sustentado sobre los mismos supuestos de antaño si bien reactualizados, sus propuestas apuntaban como entonces a la necesidad de un replanteamiento del modelo de crecimiento económico y la consiguiente formulación de un nuevo proyecto de sociedad adaptado a los nuevos valores imperantes. Ya desde los primeros escritos de estos nuevos sansimonianos se apelaba a la modificación del *sistema nervioso de las organizaciones y de la sociedad en su conjunto* no sólo como trámite previo para el desencadenamiento virtuoso de los niveles de productividad sino como fórmula ineludible para dar remedio a la creciente pérdida de consenso social (Mattelart, 2000:337).

Así pues, la Fundación Saint-Simon bien parece constituir un hito más en el largo proceso de racionalización de la sociedad francesa iniciado siglos atrás. Como entonces, las condiciones materiales y la relación de fuerzas sociales y económicas dominantes también se encontraban en el corazón de un discurso que, pese a su permanente capacidad de adaptación, revestía una voluntad cuyo horizonte último era la homogeneización de voluntades y esfuerzos en aras a la consecución de una meta final. Efectivamente, más allá de la adscripción democrática y pluralista de sus portavoces o de su encendida crítica a lo que algunos denominarían *la centralización públicamente criticada y obscuramente reclamada*, o *la distribución elitista de los poderes* (Nora y Minc, 1978:9), sus contenidos nunca dejarían de apuntar claramente a un reforzamiento del principio de autoridad y de la jerarquía en perjuicio del conjunto de la socie-

dad, exclusivamente reducida a la condición de receptora pasiva de las decisiones tomadas.

## EPÍLOGO: EL FINAL DE UN PROYECTO, EL INICIO DE OTROS

El 22 de junio de 1999, martes, el consejo de administración de la Fundación, formado por Jean-Claude Casanova, Roger Fauroux (presidente), Alain Minc, Jean Peyrelevede, y Pierre Rosanvallon (secretario general), decidió proponer a sus miembros la disolución de la asociación para el día 31 de diciembre.

En el escrito justificativo Rosanvallon, tras explicar los motivos que llevaron a la aparición de la Fundación diecisiete años atrás, vinculados a la necesidad de *crear un espacio de intercambio social y de producción totalmente independiente, diferente tanto de los clubes políticos como de las instituciones universitarias*, justificó su final por la culminación de los objetivos propuestos.

Su aparición coincidiendo con la llegada del socialismo al poder, una fase de plena efervescencia política y social, había contribuido, en efecto, a alumbrar un panorama dominado por la atonía ambiental; imbuida del interés general —del que otros agentes sociales e institucionales de la época, faltos de reflejos, comenzaban a distanciarse— había desplegado una extraordinaria capacidad de mediación abriendo vías de diálogo y debate sobre los diferentes problemas y proponiendo alternativas sugestivas y ambiciosas a los retos impuestos a la Francia de los años 80 y 90.

El problema —señalaba— aparecía cuando el éxito en el tiempo se veía amenazado por la ruti-

na, la repetición, pese a la calidad, de un mismo tipo de actividad. Algo, desde luego, que en absoluto cuadraba con la lógica de la Fundación y con las pautas de flexibilidad inherentes a su propia dinámica de funcionamiento. En efecto, en un mundo marcado por la transversalidad y multilateralidad de las relaciones, la actividad por excelencia suponía insertarse en redes y explorarlas con el objeto de romper el aislamiento y auspiciar nuevos encuentros con otras personas o visiones de los cuales podían surgir a su vez nuevos proyectos y así hasta el infinito. Sin embargo, todo proyecto estaba destinado ser tan perecedero como la actividad que lo animaba. Y la fundación fue consciente de ello.

Su disolución no supondría en ningún caso un punto final; nuevos proyectos, siempre animados por el nuevo discurso que venía rigiendo la dinámica capitalista, tomarían el relevo con una renovada intensidad. En efecto, muchos de estos sansimonianos —al igual que sus antecesores durante el Segundo Imperio— han recuperado en los últimos años el protagonismo en el marco de nuevas operaciones y actividades bajo la forma de foros (el ya citado *En temps réel*) publicaciones (libros como *La République silencieuse*, el informe *Changer l'État* (Peyrelevede y Jeambar, 2002; Peyrelevede y Schmid, 2002) y participaciones en centros de reflexión (la Fundación Jean-Jaurès o el recientemente creado Institut Maigne<sup>25</sup>). Sin embargo, pese a su envoltura modernizadora y racionalizadora, la homogeneización de conductas y el cercenamiento del pluralismo y la diversidad social que pretendidamente se tratan de afirmar, continúan marcando las pautas dominantes de un discurso que, aunque renovado, no deja de ser tan antiguo como el sistema que trata de preservar.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGLIETTA, M. y BOYER, R. (1982): «Une industrie compétitive en France et dans le monde», *Une politique industrielle pour la France*, París. La Documentation Française.
- AGLIETTA, M. (1998): «Le capitalisme de demain», *Note de la Fondation Saint-Simon*, 101.
- AGLIETTA, M. (1999): «Des mutations du capitalisme: une société salariale schizophrène?», *Revue de la CFTD*, 17.
- ANSART, P. (1970): *Marx y el anarquismo*. Barcelona, Barral.
- ARNSPERGER, C. (2000): «Nouvelle question sociale et obstacles a la solidarité», *Journée de Formation Socio-Politique*, IX.

<sup>25</sup> El Institut Maigne, financiado por una veintena de empresas (LVHM, Carrefour, Axa, Aventis, etc.) y dotado de un presupuesto de varios millones de francos se presenta como un *think tank*. «Le patrons sont de plus en plus nombreux à participer au débat politique» en *Les Echos*, 5, diciembre, 2001.

- AUTHIER, C. (2000): «Intellos et grand capital: qui piège qui?», *Inmmediatement*, 19.
- BAZIN, F. (2002): «Gauche: L'intello nouveau est arrivé» *Le Nouvel Observateur*, 12, septembre, 2002
- BEFFA, J. L.; BOYER, R. y TOUFFUT, Ph. (1999): «Les relations salariales en France: État, entreprises, marchés financiers», *Note de la Fondation Saint-Simon*, 107.
- BELLOFIORE, R. (2000): «Il capitalismo dei fondi pensione», *La rivista del manifesto*, X.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPPELLO, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- BORDIEU, P. (1989): *La noblesse d'État; Grandes écoles et esprit de corps*, Paris, Les Editions de Minuit.
- BORDIEU, P. y WACQUANT, L. (2000): «La nouvelle vulgate planétaire», *Le Monde diplomatique*, V.
- BOYER, R. (2000): «Is a Finance-Led Growth Regime a Viable Alternative to Fordism? A Preliminary Analysis», *Economy and society*. Vol. 29, n° 1. Febrero.
- COLLIN, D. y COTTA, J. (2001): *L'illusion plurielle*, Paris, J.-C. Lattès.
- DEFAUD, N. (2002): «Le cas de la Fondation Saint-Simon (1982-1999), une approche comparée», en *Histoire et Sociétés*, 4.
- DELMAS, C. (2002): «L'histoire des «sciences de gouvernement»: des sciences d'expertise», *Histoire et Sociétés*, 4.
- DILAS-ROCHERIEUX, Y. (2000): *L'Utopie ou la mémoire du futur*, Paris, Robert Laffont.
- DIXON, K. (1998): *Les évangélistes du marché*, Paris, Raisons d'agir.
- FOUCAULD, J. B. de y PIVETEAU, D. (1995): *Une société en quête de sens*, Paris, Odile Jacob.
- GARRIGOU (2000): «Comment Sciences-Po et l'ENA deviennent des *business schools*», *Le Monde diplomatique*, XI.
- GIRET, V. y PELLEGRIN, B. (2001): *Gauche, vingt ans de pouvoir*, Paris, Seuil.
- GRANER, F. (2002): «La chasse aux futurs décideurs», *Le Monde Diplomatique*, X.
- HALIMI, S. (1997): *Les nouveaux chiens de garde*, Paris, Liber-Raisons d'agir.
- HALIMI, S. (2001): «Un bilan doublement révélateur», *Le Monde diplomatique*, V.
- HUSSON, M. (2000): «Les fausses promesses de l'épargne salariale», *Le Monde diplomatique*, II.
- HUSSON, M. (2001): «L'école de la régulation, de Marx à la fondation Saint-Simon: un aller sans retour?» en BIDET, J. y Kouvélakis, E., dir, *Dictionnaire Marx Contemporain*, Paris, PUF.
- JOBERT, y THÉRET, B. (1994): «France: la consécration républicaine du néo-libéralisme» en B. Jobert, ed., *Le tournant néo-libéral en Europe*, Paris, L'Harmattan.
- LARIZZA-LOLLI, M. (1986): *Il Sansimonismo (1825-1830), Un'ideologia per lo sviluppo industriale*, Milán, Giappichelli.
- LAURENT, V. (1998): «Les architectes du social-libéralisme», *Le Monde diplomatique*, IX.
- MATTELART (2000): *Histoire de l'utopie planétaire*, Paris, La Découverte.
- MEDA (1995): *Le travail, une valeur en voie de disparition*, Paris, Flammarion.
- NORA, S. y MINC, A. (1978): *L'informatisation de la société. Rapport à M. le président de la République*, Paris, Seuil.
- NORA (1989): «Capitalisme fin de siècle. Le débat américain», *Notes de la Fondation Saint-Simon*, 24.
- OCDE (1998): *Analyse des politiques d'éducation*.
- Périchaud, M. (2001): *L'Europe et la globalisation*, Paris, www.diploweb.com
- Peyrelevalde, J. (1993): *Pour un capitalisme intelligent*, Paris, Grasset.
- Peyrelevalde, J. (1996): «Économie: le poids du vieillissement», *Notes de la Fondation Saint-Simon*, 82.
- Peyrelevalde, J. (1999): *Le gouvernement d'entreprise ou les fondements incertains d'un nouveau pouvoir*, Paris, Economica.
- Peyrelevalde, J. y SCHMID, L. (2002): «Changer l'État », *Note de la fundación Jean-Jaurés*, 24.
- Peyrelevalde, J. y JEAMBAR, D. (2002): *La République silencieuse*, Paris, Plon.
- PISIER y BOURETZ, P. (1998): *La paradoxe du fonctionnaire*, Paris, Calmann-Lévy.
- PROCHASSON, Ch. (2005): *Saint-Simon ou l'anti-Marx*, Paris, Perrin.
- RAYNAUD, Ph. (1999): «Les nouvelles radicalités. De l'extrême-gauche en philosophie», *Note de la Fondation Saint-Simon*, 106.
- ROCARD, R. (1997): «Le long labeur du temps», *Courrier de la Planète*, VII-VIII.
- Roman, J. (1998): «Propositions pour changer l'école», *Note de la fundación Saint-Simon*, 95.
- ROSANVALLON, P. (1981): *La Crise de l'État-Providence*, Paris, Seuil.
- ROSANVALLON, P. (1988): *La question syndicale*, Paris, Hachette Littérature.
- ROSANVALLON, P. (1995): *La nouvelle question sociale*, Paris, Seuil.
- ROSANVALLON, P. (1999): «La Fondation Saint-Simon, une histoire accomplie», *Le Monde*, 23, junio, 1999.
- STREIFF (1995): «La Fondation Saint-Simon ou le charme discret de la social-démocratie», *Les Idées*, X,
- VANDENBROUCKE, F. (1999): «L'Etat social actif: Une ambition européenne», Conférence Den Uyl, Amsterdam, 13, diciembre.
- VVAA (1994), *La France de l'an 2000, Rapport au Premier ministre de la commission présidée par Alain Minc*, Paris, Odile Jacob.
- VVAA (1999), *Les notes de la Fondation Saint-Simon. Une expérience intellectuelle (1983-1999)*, Paris, Calmann-Lévy.